

EDICIONES BISTAGNE

1
pta



LAS DOS HUERFANAS

LILLIAN Y DOROTHY GISH

LAS DOS HUÉRFANAS

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA

Las dos huérfanas

Adaptación de la famosa novela de A. d'Ennery

Dirección personal de D. W. GRIFFITH

Exclusiva del
PROGRAMA ARAJOL

Aragón, 225
BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne



12

Las dos huérfanas

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

INTÉPRETES PRINCIPALES:

Lillian y Dorothy Gish

Historia de dos huérfanas que sufrieron los rigores de la tiranía bajo el reinado del egoísmo y la autocracia.

Siglo XVIII... Francia... París... Los nobles se creían los dueños del mundo. Imitando el ejemplo de una Corte fastuosa y soberana que en Versalles y en el Trianón inventaba refinamientos y lujos excesivos, vivían entregados a la ostentación y al derroche... Despreciaban al pueblo, hambriento y resignado en su miseria... Creían avanzar tranquilamente por un terreno firme sin conocer que tarde o temprano se abriría un volcán bajo sus pies.

Los de Vaudrey, descendientes de

una ilustre familia francesa, invulnerable en su abolengo y en sus cruzamientos de sangre azul, viendo un ultraje a sus blasones en el casamiento secreto de su hija con un ciudadano de la clase media, dieron la muerte a su marido por el nefando delito de no haber tenido ilustre corona, e hicieron desaparecer a la recién nacida arrancándola de los propios brazos de la desolada madre.

La infeliz pudo, gracias a un criado, encerrar en un medallón que llevaba colgado de una cedanita el pequeño ser, un papelito que decía lo siguiente:

Se llama Luisa. Amparadla.

Después, en la cruda noche invernal, la pobre niña fué abandonada por los miserables Vaudrey, a la merced del cielo, ante el atrio de Nuestra Señora de París.

Así pasaron algunas horas, mientras la nieve fué cayendo sobre aquella desdichada criatura, arrebujada entre mantas, que lloraba desconsoladamente de hambre y frío.

A media noche, un hombre, Juan Girald, impulsado por la extrema pobreza en que vivía y careciendo casi de recursos, dejó también a su hijita Enriqueta, otra recién nacida, en las gradas del templo de Nuestra Señora, puesta su esperanza en la ajena caridad.

Mas cuando, transido de dolor y remordiéndole la conciencia, se disponía a marcharse, se fijó en que otra niña había sido depositada sobre la nieve, y al ver cómo temblaban de frío sus manecitas, pensó en el mortal peligro que esperaba a su hija... y se estremeció.

¿Qué iba a hacer? Le acusó la voz de la conciencia; pensó que iba a entregar a la muerte a la niñita carne de su carne, y no queriendo ser cruel, volvió a recoger, no sólo a su nena, sino también a aquella

otra infeliz, que, de permanecer algunas horas más en la intemperie, iba a sucumbir sin remedio.

Y el desdichado, sin escuchar más que los dictados de su corazón, volvió con las niñas al hogar.

La madre se enterneció ante la conducta de su marido y abrazó con feroz alegría a su hijita, y tuvo una mirada de asombro para aquel otro débil ser que iba a aumentar aún las cargas de la familia.

—Pero, Juan... Juan—decía llorando—. Si no podíamos mantener a una hija y ahora...

—¿Qué quieres? Dios resolverá.

La madre acarició a aquella niña y lanzó una exclamación de honda sorpresa. Diríase que un designio providencial quería amparar la vida de las dos chiquillas, pues entre las ropas de la recogida por el compasivo Girard, éste y su mujer hallaron una buena cantidad de monedas de oro que la madre había conseguido poner también a última hora....

Aquel dinero era la garantía de que podrían vivir sin conocer ya las garras de la indigencia... Vieron el medallón y la nota escrita en él con la palabra angustiosa: "¡Amparadla!"

—¡Sí... sí!...—dijo Girard, enternecido—. Las dos serán hijas nuestras... Dios nos acaba de proporcionar los medios para sostenerlas.

Y así comenzó para los dos niñas a quienes unía el azar, la jornada de la vida.

Cuestiones de trabajo llevaron a Girard fuera de París, y en una aldea de Normandía pasaron Enriqueta y Luisa, que más tarde habían de ser "las dos huérfanas", los años infantiles, amándose como hermanas.

* * *

Corrieron los años. Francia seguía en apariencia igual, con los mismos abusos por parte de la clase alta, la misma resignación indiferente por los de abajo. Pero comenzaban a aparecer los síntomas de que el mundo iba a cambiar y lo de arriba daría un tumbó completo... La tierra se resquebrajaba y ya aparecían ligeros indicios del gran volcán en que se iba a sumir todo.

La madre de la abandonada Luisa era ahora la condesa de Linières, esposa del conde, prefecto de

policía de París, personaje de tan alto prestigio que su firma era lo suficiente para mandar un desgraciado a presidio o al destierro.

Desde que hacía muchos años la obligaron sus padres a contraer matrimonio con el conde, ella le había ocultado cuidadosamente el secreto de su juventud. Pero su corazón suspiraba de continuo por el recuerdo de aquella hija abandonada, de la que nunca podría saber nada más. ¿Vivía? ¿Había muerto? ¿Dónde estaba? Estas preguntas envejecían prematuramente a la con-

desa, quitándole el encanto de la juventud.

¡Ay, la pobrecita Luisa! No hay tortura mayor para una madre que la de ignorar qué es de la hija de su alma. ¿Rica, pobre? ¿Feliz, desdichada? ¿Lleva una vida honorable o, por lo contrario, ha descendido hacia las capas hediondas? ¡Oh dolor de ignorar! ¡Oh dolor del secreto!

Con el matrimonio Linières vivía también el joven caballero de Vaudrey, sobrino de la condesa y perteneciente como ella a la nobleza más rancia y alta del mundo.

Pero, al contrario de todo el mundo, Vaudrey era hombre que sabía compadecerse del pueblo y a través de la distancia que le separaba de él, lo amaba y quería protegerle. Estos sentimientos de filántropo sabía ocultarlos poderosamente, primero por una razón de humildad, de máxima evangélica: "Que tu mano derecha no se entere de lo que hace la otra." Despues, por temor a sufrir las burlas de los demás aristócratas que se mofarían de su compasión hacia los que a su juicio no merecían más que el desprecio, pues eran como pobres bestias de trabajo, condenadas a

una agotadora labor y a un mal rancho por único alimento. ¿Cultura, educación, diversiones, un poco de alegría? ¡Bah! No habían sido hechas para la plebe, pensaba aquella aristocracia orgullosa... Y los nobles lo tenían todo, mientras los de abajo carecían hasta de lo más preciso para subsistir.

Picard era el criado fidelísimo del caballero Vaudrey y el único que conocía las constantes caridades que realizaba el buen mozo.

Vaudrey sabía compaginar admirablemente su amor hacia los humildes con su innata elegancia, que se paseaba por los grandes salones de la corte, y sabía rendir madrigales a las damas y escribir en los bellos abanicos pensamientos de amor.

Cierto día se presentó en casa de los condes de Linières Juan Setain, apodado Tison, un colono de las tierras de la condesa, que, sediento de venganza contra los agravios inferidos a sus mayores, iba a entregar a los condes un cesto de frutas y a rogarles le perdonasen el pago del arrendamiento anual.

Tison odiaba ferozmente a los Vaudrey, desde que muchos años antes su padre había sido quemado

de orden del padre de la condesa. Juan Setain había visto el suplicio del pobre viejo y un terrible rencor animó su pecho, prometiéndose para algún día beber el licor de la venganza.

Tison se presentó ante los condes, disimulando sus agravios, pues los pobres han de vivir y hacer reverencias aunque por dentro les enfurezca la ira.

Ofreciéoles humildemente el cesto de fruta como muestra del "aprecio que les profesaba".

La condesa agradeció con tiernas frases el regalo, pero el prefecto, hombre de implacable rigorismo, le recordó que no eran regalos de frutas los que allí necesitaban, sino el pago de las rentas, que ya habían vencido.

Tison, humildemente, se excusó:

—Desgraciadamente, lo sé, señor; mas, ¿cómo queréis que pueda pagarlas abrumado por impuestos más altos cada día?

—Eso no me importa nada.

—Hágase cargo, señor conde... y usted también, señora condesa. ¡Ah, señora, la vida se nos hizo un martirio desde que mi pobre padre incurreció en las iras del vuestro y el di-

funto gran señor mandó castigarlo.

Y ante la imaginación del plebeyo reaparecía la sangrienta escena de la pena horrorosa impuesta a su padre, que murió quemado...

Con grandes gestos de pavor refería aquella brutalidad, hasta que el conde le interrumpió bruscamente:

—¡Basta de conversación! ¡Márchate de aquí y no tardes en volver trayendo el dinero de las tierras!

—¡Sí... sí!... ¡Si no fuesen esos impuestos!... Pero, ¡ay!, desde que murió mi padre me persigue la desgracia.

El caballero de Vaudrey acababa de entrar en la estancia y Tison, al verle, añadió:

—El caballero de Vaudrey, entonces casi un niño, era espectador de esas escenas de残酷.

El conde le señaló con el dedo la puerta y salió el colono mascullando juramentos y amenazas.

—¡Maldita plebe!—rugió el prefecto—. ¡Quisiera poder triturarla así, así, entre mis dedos!

Y sus manos se agitaban nerviosas con ademanes de残酷 refinada.

De Vaudrey hizo un gesto de amargura y miró a su tía, quien parecía también disgustada...

—¡Maldita plebe!—volvió a gritar el conde.

—Ellos tienen derecho a la vida, tío.

El prefecto contempló asombra-

do a su sobrino, como si le acabase de oír pronunciar una palabra absurda. Luego, midiéndole con cierto desdén, dijo:

—¡Tonterías!

Y salió precipitadamente del salón mientras de Vaudrey se quedaba al lado de la condesa.

* * *

Una terrible epidemia había pasado por las tierras de Normandía...

Aquella feroz peste que nada respetaba había privado a Enriqueta de sus padres y envuelto en trágica sombra las pupilas de Luisa.

La enfermedad había pasado ya; la vida florecía de nuevo en todos los rincones, pero jamás volvería la luz a los ojos azules de la muchachita.

Y una desesperación impresionante, un ansia de rebelarse contra aquel destino que en plena juventud velaba sus divinas pupilas, agi-

taba de continuo a la hijita abandonada de la condesa de Linières.

Enriqueta, con el alma desgarrada por la más honda pena, compartía con la ciega infeliz el dolor inenarrable de su desventura.

—¡No te veo, Enriqueta!... ¡No te veo!—gemía Luisa, acariciando los bucles de su hermana, forzando inútilmente su vista con ansia de desgarrar el velo que la cubría.

Y Enriqueta, dulcemente, le dirigía palabras de consuelo.

—¡Calla, hermana, no te aflijas! Eso es pasajero; pronto volverás a

ver... Y mientras, yo te cuidaré mucho, yo... veré por ti.

Demasiado sabía Enriqueta que no era fácil que la luz volviera a los ojos de su hermana; pero es tan hermoso sembrar la esperanza, particularmente en la primavera de la vida, cuando hay un mundo por delante...

Y la existencia proseguía triste y aburrida para las dos huérfanas, más solas que nunca en la soledad escalofriante de los campos de Normandía.

Luisa no se resignaba a ser eternamente una ciega, incapaz de valerse por sí misma, envuelta en una noche sin fin. Acompañada de su hermana visitó los médicos del departamento, quienes, todos, mostraban su desolada impotencia para curar a la doliente.

—¡Quién sabe si en París!—dijo uno de ellos a Enriqueta—. Allí hay célebres eminencias para las cuales la ciencia no tiene secretos.

Aquella débil lucecilla de esperanza prendió en el corazón de Enriqueta, quien la transmitió a Luisa. ¡Irían a París!... Acaso en la gran metrópoli, Luisa recobrara de nuevo el infinito tesoro de la claridad.

—¡Nos iremos pronto, muy pronto!—decía Enriqueta, con el alma vagamente ilusionada—. Y cuando estén bien los ojos de mi pequeña, ella trabajará y cuidará de mí, mientras yo me sentaré tranquila mente, como una señora.

—¡Quiera Dios que todos esos sueños sean verdad!

—Vaya si lo serán...

Pero el día en que ya iban a partir para París, el semblante de Luisa, animado en estos últimos tiempos, se ensombreció de repente, como si una cortina todavía más negra se corriera sobre las pupilas opacas.

—Yo... no, no voy a París—dijo—Yo no voy a París...

—¿Por qué, tontuela? Piensa que allí te curarán, que volverás a ser la de antes.

—Allí habrá alguien que te enamore... te casarás... y yo me quedaré sola en el mundo—sollozó.

Enriqueta sonrió y acarició el rostro de su hermana adoptiva. Y para tranquilizarla, le hizo el solemnre juramento de no casarse hasta que ella pudiera ver y aprobar al elegido para esposo.

—Estás ahora contenta?

—Te creo, Enriqueta... Y quiera Nuestro Señor que pronto recobre la vista para que te puedas casar...

—Estoy tan bien a tu lado que no deseo otra cosa que tu afecto.

Y así, en estas condiciones, las dos huérfanas emprendieron el viaje en el coche que hacía el servicio de viajeros entre Normandía y la capital francesa.

* * *

Mientras tanto, en París, juzgando sacratísimo en los humanos el derecho a la vida, el caballero de Vaudrey, el noble joven en cuyo corazón la piedad florecía como la rosa más bella del mundo, repartía entre los infortunados un poco de bienestar y de consuelo.

Iba por las calles entregándoles pan, dinero y esas palabras de amor que son también una caridad... Y hasta a una pobre viejecita, después de ofrecerle sus dádivas materiales, le ofrendó un beso de fraternidad.

Dantón, famoso abogado de alma ardiente y generosa, orador formidable, llamado más tarde el "Rayo

de la Revolución francesa", fué testigo de la generosidad del caballero que se mezclaba con la gente más misérrima de la ciudad, distribuyéndole una gran cantidad de panes.

Y cuando el caballero de Vaudrey se cruzó con Dantón, éste, admirado de aquel acto poco frecuente entre las gentes de la clase alta, le dijo, tendiéndole la mano:

—Si hubiera muchos aristócratas como vos, más sería el mundo paraíso de ventura que valle de lágrimas.

—Me limito a cumplir lo que entiendo es mi obligación.

—Algún día os lo sabré agradecer el pueblo.

Y alejóse complacido, viendo cómo Vaudrey volvía a sus pobres...

Entretanto, en otro barrio, Pedro Frochard, bondadoso tullido, afilador ambulante, pregonaba por las calles de París su oficio.

Su madre, mujer malvada y despreciable, imploraba la caridad pública y maldecía a quien no atendía su súplica. Era una mujer gruesa, bigotuda, con ojos de bruja escapada de algún aquelarre.

Pedro sufrió la maldad de su madre, sin osar jamás rebelarse contra la injusticia que se le hacía, y a pesar de la brutalidad con que también su hermano, Jaime, el hijo mayor y niño mimado de la vieja Frochard, un miserable digno de la horca, le trataba.

Tundían al desgraciado a palos, robándole el dinero que ganaba, sin entregarle para él ni siquiera las sobras del festín. Era la eterna víctima de unas gentes en quienes se apagó el fuego de la conciencia.

Pedro trabajaba para todos y principalmente para su hermano, cuya indignación ante las pequeñas ganancias del afilador se traducía

en una salvaje repulsa, cual si el pobre tullido tuviera la obligación de exigir a la gente que utilizara sus servicios...

Y aquel drama íntimo proseguía día por día, un drama más en el escenario trágico que es toda ciudad, todo pueblo, toda aglomeración de hombres donde nunca falta el acto dramático, así como tampoco la escena cómica y vulgar de sainete... La ciudad es un teatro... el teatro de la vida...

Volvamos a nuestras dos huérfanas, a quienes dejamos en la diligencia camino de París.

El coche en que ellas viajaban se atascó en medio del camino, a bastantes millas de París, interceptando el tránsito.

Las dos muchachas bajaron del carroaje en espera de que los esfuerzos de los conductores libraran a las ruedas del entorpecimiento.

La carroza en que iba el poderoso señor marqués de Praille tuvo que detenerse por obstruirle el paso la diligencia de las huérfanas.

El noble no estaba acostumbrado a sufrir ninguna clase de contrariedades. Como viese que los conductores no eran hábiles en apartar a un lado el carroaje, se enfureció, y

para castigar su incapacidad, saltó a tierra y fustigó bárbaramente a los cocheros, mientras les llenaba de injurias y de denuestos.

Los dos conductores procuraban excusar su torpeza en no ser más diligentes, pero no osaban rebelarse contra la furia del marqués, sabiendo a lo que se exponían si se atrevían a poner las manos sobre un noble... Todo aristócrata era invulnerable, como si tuviera contenido divino.

Enriqueta, que con Luisa se hallaba en uno de los ribazos del camino, se asustó ante la brutalidad de aquel caballero. ¡Qué espanto le daba a la pobre niña aquella escena! Y luego, Enriqueta, sin ver, pero presintiendo, le preguntaba qué era lo que sucedía.

Fijóse de pronto el marqués de Praille en las dos muchachas. Y la serena belleza de Enriqueta tuvo la virtud de detener el cruel brazo en las violentas agresiones de su cólera.

Procurando serenarse y cambiando su expresión agresiva por una forzada sonrisa, se acercó a las huérfanas, que le saludaron cortésmente, enterándose el señor Praille de que Luisa estaba ciega.

A las huérfanas no les resultaron demasiado agradables la conversación y los elogios del marqués, de cuya presencia deseaban verse pronto libres, especialmente Luisa, que se aferraba con más fuerza, como si temiera que la separasen de ella, al brazo de su hermana.

De todos modos, Enriqueta contestaba a las preguntas del noble y la ingenuidad de la huérfana, cuya ignorancia del mundo mantenía en su alma candores de infantilidad, dió a aquél detalles preciosos sobre el viaje de ellas a París.

El marqués, que era hombre excesivamente mujeriego, sintió en el alma el rayo de una nueva pasión que venía a encenderle las venas.

Enriqueta le agració. Aquella tierna juventud, llena del resplandor de la inocencia, era un plato exquisito para su paladar estragado por una vida de sibarita.

Galantemente, el marqués puso su carroza a la disposición de las huérfanas; mas Enriqueta, temerosa, le contestó:

—Gracias, señor, por tan amable ofrecimiento; pero vamos bien en nuestro coche.

—Llegaríais primero en el mío.

—Da lo mismo. No os molestéis.

El marqués de Praille tuvo que resignarse a volver a subir solo a la carroza.

Por fin, pudo retirarse a un lado el coche de las huérfanas. Sus conductores se dedicaban a arreglar las averías que habían sufrido las ruedas.

El marqués saludó desde el interior de su carroaje a las dos jóvenes.

La circunstancia de ser las muchachas de humilde condición social inclinó los pensamientos del marqués hacia torpes maquinaciones. Y tal llama de pasión encendieron en su pecho los encantos de Enriqueta, que dió instrucciones a su criado Lafleur para secuestrar a aquella joven, a riesgo de todo, en París.

—¿Me has entendido? Arréglate cómo quieras, pero me has de traer a esa muchacha.

—Procuraré complacerlos, señor.

La llegada a la metrópoli del marqués de Praille fué señalada por una desgracia: su carroza había arrollado un niño.

La culpa fué exclusivamente de los conductores del carroaje, que iban a toda velocidad, sin conside-

ración alguna para las personas que cruzaban el camino.

El pueblo, numeroso en el lugar del suceso, protestaba airada y justamente contra el noble. Este se asomó a la ventanilla de la carroza y, muy tranquilo, preguntó:

—¿Ha muerto?

—Sí!—vocearon algunos.

—Es sensible — añadió el marqués—. Tomad esto para la madre.

“Esto” era una bolsa con dinero.

Luego demandó con gran interés al cochero:

—¿Se han hecho daño los caballos?

(*El incidente y la frase son rigurosamente históricos.*)

—No, no, señor!

—Pues sigue a todo galope.

Y el cochero, apartando con su látigo a los grupos que, amenazadores, les rodeaban, acudió a las bestias, y el carroaje desapareció prestamente, mientras algunas personas corrían a auxiliar a una pobre madre que se retorcía de dolor ante el cuerpo destrozado de su hijo.

Al llegar a la casa de postas, apeóse Lafleur, el criado del marqués, a quien éste dió sus últimas instrucciones:

—Entérate bien, Lafleur; no la

quiero en mi casa, sino en mi fiesta de la noche.

—Confiad en mí, que todo saldrá según la medida de vuestros deseos.

Y Lafleur entró en una bodega y contrató los servicios de unos desalmados para asegurar el triunfo de los planes de su señor.

* * *

El señor Martín, antiguo amigo de la familia Girard, fué a esperar a las dos huérfanas, a quienes había brindado su protección.

Lafleur trabó conocimiento con el señor Martín, fingiendo esperar también a unos viajeros, y al objeto de desembarazarse de él—pues sabía que era la única persona que conocía a las huérfanas—le invitó a entrar en la bodega para charlar un momento juntos y apurar una botella de buen vino.

A este efecto, le había dicho:

—Si os parece, señor, distraeremos agradablemente el tiempo; el coche sufrió una avería más allá de Evreux y viene bastante retrasado.

—Pero ¿y si pasa y no nos damos cuenta?

—Descuidad... que ya darán señales de vida. Yo espero también a unos viajeros y no siento la menor inquietud... ¡Vamos, entrad!...

El señor Martín, sin sospechar la coartada, aceptó... Entró en el establecimiento, se sentó a una de las mesas con Lafleur y los cómplices de éste y bebió unas copas de vino, sin sospechar ni remotamente que en el líquido se había mezclado un fuerte narcótico.

Minutos después, el bondadoso amigo de las huérfanas caía sobre la mesa, profundamente dormido... Y Lafleur, sonriente, alma impasible ante el más acerbo dolor, habiéndose quitado de encima al señor Martín, el único sostén que en la gran ciudad hubieran tenido las

muchachas, las esperaba celosamente.

No pasaron muchos minutos sin que llegase el carro en el que iban Enriqueta y Luisa.

Las dos descendieron ante la casa de postas y, contra lo que ellas habían creído, no las esperaba el buen señor Martín, que había prometido ir a buscarlas en tal lugar.

—Seguramente se habrá retrasado—dijo Enriqueta a la ciega—. Esperemos aquí mismo. No puede tardar en llegar.

Y, cogidas del brazo, junto a la fachada de la casa, aguardaban con cierto temor la llegada de la única alma que les serviría de guía en el laberinto de París.

Lafleur, sonriente y malévolo, espia, en acecho de una buena ocasión para sus planes.

Quedaba tiempo; el narcótico suministrado al señor Martín iba a durar hasta el día siguiente.

Fueron pasando las horas. Cayó la noche y las dos huérfanas experimentaron una gran inquietud.

Las tinieblas en que estaba sumida la calle, la soledad que las envolvía, el encontrarse en un país desconocido, todo hacía que comenzaran a sentir terror.

—¡Tengo miedo! —decía Luisa, cogiéndose del brazo de su hermana.

—Cálmate; el señor Martín no puede tardar... Tal vez le hayan informado mal de la hora de nuestra llegada.

Pero en el fondo se sentía tan amargada como su hermana, preguntándose mentalmente qué iba a pasar si nadie venía a preguntar por ellas.

Lafleur, juzgando llegado el momento de intervenir, acercóse a las dos muchachas y fué a ofrecerles sus servicios con falaz dulzura.

—No está bien que esperen aquí, a la intemperie... Entren en la bodega; allí podrán descansar mejor.

—Pero el señor Martín no nos verá... Preferimos estar aquí...

—No es fácil que venga ese señor. Yo les brindo mi ayuda... Entren y hablaremos.

Enriqueta, al principio, le había creído de buena fe, mas pronto leyó la traición en su rostro y, retrocediendo atemorizada, cogida del brazo de su hermana ciega, quiso huir de aquellas pupilas burlonas que parecían despedir un fuego infernal.

Pero Lafleur fué avanzando al

compás con que ellas retrocedían y, de repente, a un grito del criado del marqués, aparecieron los miserables asalariados, los cuales se arrojaron sobre Enriqueta y la aprisionaron por la espalda, a traición.

—¡Dejadme... dejadme!... ¡Socorro!—exclamó la voz desesperada de Enriqueta.

—¡Hermana, hermanita... no me abandones!... — gritaba Luisa con espanto.

Pronto la voz de Enriqueta enmudeció. Una mordaza le impidió abrir la boca... Y Lafleur y aquellos miserables se llevaron de allí a la pobre joven, que acababa de desvanecerse, rendida por la violenta emoción.

Lafleur y sus cómplices abandonaron a su triste suerte a Luisa, quien, con indescriptible desespero, al verse separada de su hermana, gritaba hasta desgarrar el alma el nombre de Enriqueta.

Caminaba llorando por aquellas callejas solitarias de la entrada de París...

Sus lamentos se fundían en el aire; y la ciega, andando al azar, presa de una desesperación nerviosa, se acercaba inconscientemente al Sena, en cuyas aguas hubiera pere-

cido ahogada sin la providencial intervención del afilador Pedro Frochard, que, al dirigirse de regreso a su casucha, detuvo a la desdichada al borde del río.

—¡Dejadme... depadme! — gemía la infeliz—. Devolvedme a mi hermanita... a mi Enriqueta...

Pablo Frochard, a la luz de la luna, pudo contemplar a la muchacha, pareciéndole muy joven y bonita... Pero los ojos miraban extrañados, sin brillo ni fijeza.

—¡Soy ciega! ¡No veo, no puedo ver a nadie!... No sé quién es usted, pero lléveme al lado de mi hermana, por favor... Me parece que la han secuestrado. Fué allá, allá, ante la casa de postas...

Aquel gran corazón que se encerraba en el cuerpo deforme del pobre Pablo Frochard, se conmovió ante la narración de las desventuras que le hizo la huérfana y pudo enterarse del misterioso rapto de la hermanita buena que era guía y luz de la cieguita.

La vieja Frochard, la arpía repugnante y odiosa, sorprendió a su hijo Pedro ocupado en consolar a la infeliz, que le contaba su odisea. Rápidamente enteróse de que la po-

bre ciega lloraba afanosamente por la hermana desaparecida.

La bruja sonrió terriblemente cuando supo lo sucedido y, disimulando con la amabilidad de su voz la perversidad de sus intenciones, dijo a Luisa:

—¿No conoces a nadie aquí? ¡Oh, no te preocupes por ello! Yo cuidaré de ti como de una hija...

—Buscad a mi hermana.

—Tal vez te haya abandonado.

—No, no. La han raptado. Unos hombres malos la han separado de mí.

—La encontraremos un día u otro, pobre niña. Yo la buscaré y la traeré a tus brazos. Pero,ientras tanto, ven conmigo; en mi casa encontrarás albergue y protección.

La desdichada ciega, sin amparo de nadie, se dejó conducir por aquella desconocida que le brindaba su ayuda mientras no se encontrase a Enriqueta.

Una sonrisa brutal iluminaba las facciones innobles de la vieja Frochard. Estaba contenta de aquel encuentro... Iba a quedarse con Luisa para siempre y explotaría su ceguera... La haría pedir limosna en la vía pública y las gentes, compade-

cidas ante aquella muchachita tan bonita y tan desgraciada, no regatearían sus dádivas. ¡Un negocio magnífico! ¡El dinero que iban a ganar explotando a la pobre!

La maligna vieja ya haría todo lo posible para que no se encontrase más a la hermana de la ciega.

Pedro, el buen tullido, parecía adivinar todas las perversas intenciones del monstruo que le engendrara.

Su madre veía en la desventurada Enriqueta por ciega y por hermosa, un negocio de indiscutibles rendimientos, y el pobre joven sufría doblemente: porque la vería sufrir a ella y porque sufriría de su dolor.

Muy satisfecha de su hallazgo, la vieja, cogiendo de la mano a Luisa, que no cesaba de llorar, llevóla a su vivienda, más tenebroso antro de crimen que dulce hogar acogedor, y, una vez en ella, presentándole la misera barraca en su aspecto general y mostrándole lo que sería su cama, un mal colchón de paja en el suelo, como si la pobrecita pudiera verlo, manifestó:

—Aquí tienes el único albergue que puedo darte, querida mía.

Luisa se dejó caer sobre el lecho de paja y, agitándose nuevamente en un sollozo, sólo pudo volver a

pronunciar un nombre, que era una obsesión, un tormento:

—¡Enriqueta!... ¡Hermanita!

* * *

Con las primeras sombras crepusculares había comenzado la fiesta en el pabellón de Bel-Air, que, con el nombre de "La Locura", destinaba el marqués de Praille a sus famosas orgías.

Los salones y jardines rebosaban de una distinguida y aristocrática muchedumbre que celebraba un festín pantagruélico... Un derroche incomparable presidía aquellas fiestas, reminiscencias de los días gloriosos del Rey Sol.

El marqués ejercía los honores de dueño de la casa, teniendo para todo el mundo una palabra oportuna, un galante madrigal y veía con necia vanidad el gesto de asombro que ponían todos sus invitados ante

la esplendidez de noche de oriente con que todo estaba envuelto.

El caballero Vaudrey asistía también a la fiesta, pero por deber de cortesía exclusivamente, pues no se sentía bien entre aquella basan, mientras afuera el pueblo se moría de hambre y estacionado ante el palacio aspiraba con el malsano placer del hambriento el tufo de los manjares.

¡Ah, con lo que se derrochaba en esos festines hubiera bastado para alimentar a un pueblo! Y esta consideración obligaba al joven de Vaudrey a desplazar el alma hacia el lugar donde gemían los que nada tienen.

No inquietaban al marqués los

juicios condenatorios que hacía el pueblo sobre su relajado vivir, pues estaba seguro de la impunidad que le concedía su elevada alcurnia aristocrática.

El caballero de Vaudrey parecía aburrido en aquella fiesta señorial y contemplaba con cierto hastío cómo se divertían locamente, entre una embriaguez fastuosa, todas aquellas mujeres y hombres, que eran verdaderos parásitos de la vida...

El marqués, comprendiendo que de Vaudrey se aburría, se acercó a él y, dándole unos golpecitos en la espalda, le dijo, burlonamente:

—Creedme, amigo mío... Dejad ese gesto de tristeza y gozad como todo el mundo.. Debemos aprovecharnos ahora ampliamente de los privilegios de nuestra cuna... por si se nos acaban cuando menos lo esperemos...

—No, marqués —le replicó de Vaudrey—. No puedo divertirme con esos goces que son la miseria del pueblo, de ese pueblo sublime mente resignado que clama por un pedazo de pan.

—¡Caramba! Ya me habían dicho que teníais ideas extrañas. Vamos, despertad de vuestro sueño,

amiguito... Mirad si alguna de nuestras mujercitas os aparta de esas ideas lúgubres.

Y volviéndole desdeñosamente la espalda fué a reunirse con un grupo de damitas de empolvada peluca y grandes abanicos que le sonreían tras sus ojos maliciosos.

Poco después, cuando ya la luna enviaba a la tierra sus fulgores de ensueño, celebróse a cargo de una compañía de bailarines, la representación mímica de una saturnal pagana, que era como un anticipo de la que vivirían en realidad los invitados, después de las doce.

Más tarde Enriqueta fué conducida en una litera a los jardines del marqués... Numerosos invitados la rodearon, extrañados de la presencia de aquella mujercita que aparcía desmayada, y creyendo que se trataba de algún nuevo número teatral.

El marqués de la Praille sonrió alegramente a Lafleur, cuando vió que sus disposiciones habían sido cumplidas. ¡Magnífico! Le daría una buena recompensa, por haberle traído a la suspirada muchacha.

El marqués acercó un frasco de sales a la nariz de Enriqueta, y ésta volvió lentamente en sí.

Sus ojos extraviados giraron ante aquellas gentes desconocidas y extrañas, en aquel jardín iluminado por millares de luces de colores. Pero repentinamente volvió a la realidad, y sus primeras palabras fueron éstas:

—Y Luisa? ¿Dónde está mi hermana Luisa?

Nadie le contestó la pregunta, incomprensible para aquella gente, y entonces, repentinamente, Enriqueta recordó lo sucedido ante la casa de postas.

—He de buscarla —dijo, pretendiendo huir y siendo contenida suavemente por el marqués—. Por favor, dejadme salir.

Mas por toda respuesta, rasgaron el aire sonoras carcajadas del marqués y varios nobles, entre las cuales, gritando para cubrirlas con la fuerza de sus lamentos, insistió Enriqueta:

—¿No lo comprendéis? Luisa es ciega y no puede dar un paso sin mí... ¡porque la pobrecita ve por mis ojos!

Juntaba las manos en una actitud imploradora, sin que ninguno de los presentes se conmoviera en lo más mínimo. Al contrario, estallaban en más sonoras carcajadas

cada vez que la pobre mujercita aumentaba el diapasón de su dolor.

En un principio creyó el caballero de Vaudrey que asistía a una función teatral, y que las querellas de Enriqueta eran frases de su voluntarioso papel de víctima.

¡Y con cuánta realidad parecía conmovida la farsante muchacha! ¡Y qué bonito era el juntar de sus manos en alto con la grácil elegancia del vuelo de una paloma!

Anonadada, viendo que todos sus esfuerzos se estrellaban ante la irritante frialdad de aquella gente que la impedía salir de allí, Enriqueta resumió todo su despecho y dolor en esta pregunta:

—Dejadme... dejadme marchar... ¡Ah! ¿es que entre tantos caballeros no hay un solo hombre de honor?

Aquellas palabras hicieron comprender a todos que se hallaban ante un caso real... La muchacha era una hija del pueblo, víctima del marqués... Pero nadie se sintió lo suficientemente valiente y cortés para ofrecer su mano generosa a la mujercita.

Hemos dicho mal. Hubo uno solo y verdadero caballero entre aquellos hombres. Fué el caballero de Vaudrey que, no dudando ya de la

realidad de los hechos e indignado ante la nueva hazaña del marqués, se acercó a la excitada huérfana, y ante el asombro del dueño de la casa y de la mayoría de los invitados, le dijo:

—¡Os equivocáis, señorita! Aquí hay un caballero. Tomad mi brazo y salgamos de esta casa.

Se hizo un silencio impresionante, pues todos presentían un suceso desagradable.

El marqués, herido en su amor propio, se puso por medio, impidiendo la salida de los dos jóvenes:

—Nadie sale de esta casa antes de las doce!

—¿Quién me lo impide?

—Yo!

—Atrás!

—Nunca!

El caballero de Vaudrey no se avino a las órdenes del marqués, y se abrió paso para seguir a la calle.

Enriqueta le contemplaba con miedo y admiración, temiendo que aquel joven hidalgo pereciera en su defensa.

Como quiera que el marqués se negaba rotundamente a dejar salir a la pareja, Vaudrey, enfurecido, recogió el reto, y allí mismo, ante todo el mundo, por el honor de una

dama, fuera de la cuna que fuere, batíose a espada con el ofensor, hiriéndole en un brazo.

Luego con la punta del acero enrojecida, abrióse paso entre los criados del marqués y pudo ganar la salida, llevando tras de él a Enriqueta que le contemplaba con el estupor de la admiración.

Retirados los coches, porque la fiesta no había de terminar hasta bien entrada la mañana, el caballero salió a pie con su protegida, rechazando a los criados que pretendían cerrarle el camino.

A la puerta de la regia mansión se hallaba la muchedumbre de los famélicos, con el alma plena de odios feroces contra los que se divertían sin tener para los demás un poco de caridad. Confundido entre aquella miséríssima humanidad, estaba Tison, el vengativo colono de los condes de Linières.

Al ver salir a de Vaudrey en compañía de una muchacha, les siguió con una mirada odiosa, sintiendo hacia ellos una explosión de rencorosa ira, pues creía participaban en los festejos que celebraba el marqués...

¡Ah, si algún día cambiaban las

cosas! ¡Con qué placer aniquilaría a ese mundo triunfante!

De Vaudrey pronto desapareció de aquellos lugares, y a ruegos de ella, condujo a Enriqueta al lugar en que fué vilmente raptada, con el propósito de encontrar algún rastro de la ciega, pero ésta no aparecía por ninguna parte.

Enriqueta rompió a llorar, creyendo en la posibilidad de que su hermana se hubiese ahogado en el Sena, cayendo en sus aguas involuntariamente, y su inmenso dolor halló consuelo en las cariñosas palabras de Vaudrey que, enterado de toda la odisea, la apartó de allí, dispuesto a guiarla hasta que hallase una habitación, en buena casa, donde instalarla.

—Mi hermana se habrá ahogado — gemía Enriqueta — ¡Ay! ¿por qué tuvimos que venir a París?

—¡Vamos, calmad vuestros temores, querida Enriqueta! No es probable que haya ocurrido lo que decís. Seguramente vuestra hermana Luisa habrá sido recogida por alguna familia. Esperemos. No tardaréis muchos días en tener noticias suyas...

Agradeció Enriqueta aquellas pa-

labras que le daban dulcísimo consuelo.

Aquel noble muchacho era su providencia en ese París hostil.

Aquella noche, Enriqueta, recomendada por de Vaudrey, se hospedó en una fonda de buena gente, y al otro día se trasladó a una habitación que su joven protector alquilara para ella en la casa en que se hospedaba también Maximiliano Robespierre, un humilde abogado que pronto debería gobernar a Francia.

La huérfana, una vez en la casa, volvió a demostrar su gratitud hacia aquel noble y generoso protector.

—Yo, señor..., yo no sé cómo agradecer lo que habéis hecho por mí.

Sin embargo, el más agradecido de los dos era el caballero de Vaudrey, pues la casualidad le había deparado en Enriqueta el ideal de su vida, la mujer que por primera vez encendía en su alma la lámpara de la ilusión.

—No temáis ya, Enriqueta. Yo procuraré enterarme del paradero de vuestra hermana... y será la mayor alegría de mi vida el poder reuniros a las dos.

—En medio de mi pena vos habéis sido mi único consuelo. ¿Qué hubiera sido de mí en otro caso? Y ahora tengo la esperanza de que merced a vuestras gestiones volveré a ver a Luisa.

—Confiad en mí... Pondré la misma actividad que si se tratase de una cosa de mí mismo.

Y clavando su mirada en ella, irreflexivamente, como si se dejara llevar por una misteriosa fuerza, de Vaudrey, no dando tiempo a Enriqueta para evitarlo, posó rapidísimo sus labios en los de ella.

Enriqueta, en cuya alma había nacido también una corriente de simpatía amorosa hacia el hidalgo, se entristeció ante tal atrevimiento, mas el caballero de Vaudrey, dándose cuenta de su audacia, le suplicó con toda bondad:

—¡Perdonadme!... Fué un impulso... fué... Yo os prometo que no lo haré más.

Enriqueta olvidó la "osadía" llevada del cariño que el protector le inspiraba, y marchóse, más enamorado desde el beso, el noble señor de Vaudrey.

* * *

Luisa, en la covacha de la vieja Frochard, ya había tenido motivo de conocer a la desalmada, escuchando sus palabrotas y viéndose tratada con una dureza brutal... Comprendiendo cuál iba a ser su triste suerte entre aquella gentuza, lloraba sin cesar, y, como única queja, sus labios exhalaban el nombre de su hermana.

—Enriqueta!... ¡Hermana mía! Jaime Frochard, el hijo mayor de la bruja, al conocer a Luisa sonrióse con doble motivo, demostrando inmensa alegría por la belleza de la joven y por el lucro que sacaría de ella.

La vieja era de la misma opinión, pues bromeando con Jaime

—encendiendo la mayor indignación en el pecho de Pedro—, le dijó, importándole un mito que la interesada la oyera:

—Ciega... y bonita para inspirar más compasión... ¡Cuánto dinero va a ganarnos mendigando por este París!

Y, a pesar de las protestas y de la rebeldía de la pobre muchacha, la vieja arpía y Jaime la cubrieron de harapos, para inspirar mayor lástima y sacar provecho de su desdicha. Y la infeliz fué obligada por la vieja Froehard a salir a cantar por las calles acompañándola ella para recoger las limosnas.

Bien sabía Luisa que una negativa por parte suya sería castigada por la maldada mujer a encierro en un inmundo sótano en que permaneció la primera vez que intentó rebelarse contra Jaime y su impiá madre.

Y así, apenada, llamando más con el corazón que con los labios a la hermanita desaparecida, tuvo que recorrer París pidiendo limosna y cantando con su hermosa voz una triste tonada aprendida en su tierra de Normandía.

Hermanita..., hermanita Enriquesta..., ¿qué sería de ti? ¿Dónde estabas? ¿Vivías acaso o habrías muerto bajo el poder de aquellos raptadores y tu hermoso cuerpo estaría pudriéndose dentro de la tierra? No..., no..., hermanita... Tú debías vivir..., tú debes vivir...; pero, ¿por qué no vienes? ¿Dónde estás, dónde?

Y el dolor y las lágrimas ponían en los ojos un círculo de inmensas violetas.

Pedro, el tullido, compadecía con toda su alma a su compañera de infortunio, y el cariño que hacia ella había nacido en su noble corazón, se traducía en consolarla siempre que estaban solos y en animarla a no perder la esperanza de volver a encontrar a su hermana.

¡Oh, cuántas veces Pedro, en silencio, había llorado por la desventura de Luisa, tan buena, tan digna de ser feliz! Piadosamente besaba sus bucles de oro...

Y Luisa le agradecía con toda su alma aquel afecto, aquellos sentimientos... Entre la espesa negrura que la rodeaba, de cuerpo y de alma, la voz de Pedro era una inolvidable consolación.

Cuando el conde de Linières, el severo prefecto de París, se enteró del desafío entre el marqués de Praille y el joven de Vaudrey, mostró una profunda irritación... Enfurecido al conocer las murmuraciones de que entre la clase aristocrática había sido objeto de Vaudrey al salir en defensa de "una cualquiera", mandó llamar al criado Picard y le ordenó que vigilase a su señor.

Y cuando al día siguiente el caballero de Vaudrey solicitó para Enriquesta el apoyo del conde, éste, indignado, rehusó que la policía hiciese averiguaciones relativas al paradero de la hermana de la huérfana por la que aquél se interesaba de una manera peligrosa... Y añadió en forma violenta:

—Debíais guardaros el respeto

que a vos mismo os debéis, haciendo cesar vuestro contacto con esa gente soez y plebeya.

El joven de Vaudrey miró a su tío con desdén y abandonó el despacho donde Linières se hallaba con su esposa, que había permanecido callada durante la anterior entrevista.

¡Ay! ¡Si la condesa hubiera sabido que aquella muchacha por la que de Vaudrey se interesaba, era la hija desaparecida, la hija arrancada de sus brazos a poco de nacer!

Pasaron varios días.

De Vaudrey realizó algunas gestiones privadas para buscar el paradero de la pobre ciega, sin que pudiera descubrir el menor indicio...

Frustradas todas sus pesquisas

para dar con su hermana, Enriqueta optó al fin—también inútilmente—por solicitar de modo personal el concurso de la policía para encontrar a la querida ciega.

Todo inútil; parecía como si la gran ciudad se la hubiese tragado. Creía Enriqueta que acaso las aguas turbias del Sena conociesen el secreto de aquella desaparición.

Aquellos días el rey Luis XVIII se había dignado, por distinción al caballero de Vaudrey, disponer su matrimonio con una joven de rango principesco. Y la regia decisión encantaba al conde de Linières, ya que este enlace encumbrando más a los suyos aumentaba el prestigio de que gozaba en la corte.

Tiempo le faltó, pues, al conde para anunciar a su sobrino la honrosa noticia.

—Por deseo de Su Majestad, se ha concertado tu casamiento con una princesa de la sangre.

Aquella nueva que tanto agradaaba al conde y a su esposa, causó al joven hidalgo una gran contrariedad.

Instantáneamente recordó a Enriqueta, de la que estaba locamente enamorado, y a la que, a pesar de su origen humilde, no pensaba

abandonar aunque hallase dificultades para la boda.

—¿Casarme yo con una princesa?—exclamó.

—¿Qué? ¿No te conviene, acaso? ¿Es poco para ti una muchacha de sangre real?—dijo el conde con sorna.

—Me parece demasiado, máxime si el rey me obliga a ello.

—El rey es nuestro señor y hay que obedecerle.

—En cosas del alma, no.

—¡Déjate de tonterías!... Te casarás con la princesa.

—Pero... ¿y mi voluntad?—replicó de Vaudrey—. Agradezco y rehuso tan alto honor... Mi corazón ha elegido ya a la que debe ser mi esposa.

—¿Y te atreves, insensato, a desobedecer al rey?

—Todo gobierno que consagre la desigualdad de los ciudadanos ante la Ley es una tiranía y yo no la acataré.

Y salió precipitadamente de la casa para ir a ver a Enriqueta... Y ella, en medio del amargor que le producía su situación y la incertidumbre del destino de su hermana, experimentaba un delicado consue-

lo cada vez que aquel muchacho, alma blanca, iba a verla en la modesta habitación del barrio pobre.

* * *

Dantón y Robespierre, los que algún día debían ser, por tiempo efímero, los señores de Francia, se habían reunido para pronunciar políticos discursos en una plaza pública. Abogaban por un cambio de régimen salvador de la patria.

La febril y exaltada elocuencia de Dantón contrastaba con la serena expresión de Robespierre, hombre ducho, cerebral, en cuyos discursos sólo tomaba parte la idea razonadora, pero nunca el sentimiento.

Robespierre convencía con la fuerza de la lógica; Dantón exaltaba con el poder incomparable que hizo divinos a Cicerón y a Demóstenes. Y aquella febril elocuencia alarmó a un fervoroso realista que la escuchaba, quien, para librarse

su partido de un enemigo tan terrible, mandó a sus espías que lo matasen cuando el orador se dirigiera a su hogar.

Dantón y Robespierre abominaban en párrafos brillantes de la actual situación, corrompida y asquerosa... Con las majestades de la verdad describían las orgías de la corte y de la aristocracia, mientras el pueblo hambriento no podía satisfacer sus necesidades más perentorias.

Terminado el acto, Dantón marchó a su domicilio, mientras Robespierre quedaba en la plaza, organizando con simpatizantes a la causa de la revolución la creación de comités.

Al pasar por una calle solitaria, Dantón fué atacado por los asala-

riados del realista, quienes espada en mano querían acabar con su persona. Pero el tribuno era fuerte, y con valentía extraordinaria hizo frente a los atacantes, escapando a sus aceros después de vencer a algunos.

Los adversarios, rehechos, persiguieron a Dantón, y éste, ante el inminente peligro que corría—pues los realistas eran numerosos—, se refugió en la casa en que vivía Robespierre, y como los enemigos le pisaban los talones, entró en la primera habitación que le vino a mano, que era la de la huérfana Enriqueta.

—¡Ocultadme, os lo ruego! Mis enemigos me persiguen y quieren acabar conmigo...

Con ese instinto de solidaridad de los desgraciados, Enriqueta fué para el perseguido la piedad, la piedad bendita que no entiende de banderías políticas ni de jerarquías sociales.

—¡No temáis!... Aquí no han de entrar... Yo prometo guardaros—le contestó.

Se escucharon pasos. Los realistas estaban ya en la escalera buscando en todas partes al fugitivo.

Teniendo comprometer a la huér-

fana, a quien habían visto Robespierre y él una vez, y cuya historia conocían, Dantón se disponía a salir de la habitación, aunque le detuviesen, con el deseo de evitar dificultades a la tierna jovencita.

Enriqueta, noble ángel de caridad, se lo impidió.

—No saldréis de aquí —le dijo—. Prefiero que la malicia muera en mi reputación a que perdáis la vida.

Y la joven, dando muestras de una valiente serenidad, ocultó a Dantón en el fondo de otra estancia, y abriendo la puerta salió a la escalera, donde aun vagaban desorientados los realistas.

—¿Habéis visto, acaso, a un hombre?—le dijeron éstos.

—Nada vi, pero oí pasos precipitados hacia arriba...

Buscaron por el terrado y no encontrando a Dantón, regresaron a la calle lamentando que el codiciado orador se les hubiese escapado de las manos.

Enriqueta volvió a su piso y Dantón le dió conmovido las gracias por el favor que le había hecho.

—Nunca lo olvidaré... Y ahora me voy a marchar...

—¡No..., no!... Es necesario que

paséis aquí la noche... ¿Veis? Desde mi ventana he visto que los realistas aguardan... Sospechan que os habéis ocultado en una de estas casas y quieren alcanzaros... Deberéis permanecer aquí hasta mañana.

—Pero, señorita, temo acaso...

—¿Quién va a saberlo? Vos sois un hombre de honor, a lo que parece. Y eso me basta.

La huerfanita preparó una frugal cena para aquel conductor de hombres en cuyos ojos brillaba la fiebre soberana de los dominadores.

Pasaron varias horas durante las cuales Dantón se enteró en detalle de las tristezas de la muchacha, y puso ante los ojos de ésta el panorama de una vida con que soñaba que había de sustituir a la presente.

A media noche, la joven se retiró a dormir, y Dantón en el cuarto cercano apenas descansó, desvelado por visiones de gloria.

Vino el nuevo sol, otra mañana...

Robespierre había oído decir que su amigo Dantón sufrió ciertas contrariedades la noche última, y como era un admirable regulador de la conducta y de los asuntos ajenos, se disponía a enterarse por Enriqueta misma de la verdad.

Dantón iba a salir. En estos últi-

mos momentos de convivencia, el tribuno y la huérfana permanecían mudos, pero sus silencios estaban llenos de pensamientos de profunda admiración recíproca.

Y el gran orador le prometió una vez más no olvidar en toda su vida la grandeza de alma con que lo había salvado.

Robespierre llamó a la habitación de Enriqueta. Esta, atemorizada, haciendo ocultar a Dantón, salió a ver a la persona que había llamado.

Con melosas maneras, Robespierre le preguntó lo que le interesaba saber, es decir, si Dantón se encontraba en su estancia.

De ello tenía la completa seguridad por cuanto al pasar poco antes por la escalera había creído oír la voz majestuosa de su amigo.

Pero Enriqueta, dignamente, no queriendo indicar a nadie, a nadie absolutamente, el paradero de Dantón, aunque se dijese íntimo amigo de éste, contestó a Robespierre:

—Os habéis equivocado, señor... Yo vivo completamente sola.

—Vamos..., no neguéis... Sé que es un amigo mío el que está en vuestra habitación..., acaso el mejor de

mis amigos—añadió, maliciosamente, Robespierre.

—Yo os prometo que no sé de qué me habláis.

—Muy prudente sois.

Y Enriqueta, para defender al propio tiempo la inmaculada honradez de su feminidad, que podría ser puesta en duda si se conocía que un hombre había pasado la noche en su casa, insistió en que nada sa-

bía y cerró violentamente la puerta a Robespierre.

Este, herido en lo más vivo de su alma, ante lo que consideraba una afrenta, se ocultó en un rincón de la escalera y vió cómo poco después salía Dantón de casa de Enriqueta.

Una sonrisa floreció en sus labios. ¡Demonio de mujer! ¿Por qué le había negado la verdad? ¡Ah, no le perdonaría nunca aquella prueba de desconfianza!

* * *

Luisa, mientras tanto, recorría los barrios extremos de París, teniendo la mano a la gente y cantando tristes melodías que acababan de excitar a la piedad.

La vieja Frochard no la perdía de vista, siendo su lazillo en su errante peregrinación.

Cierto día, ante la puerta de la iglesia donde se había parado la joven unos instantes, la vió el bon-

doso médico de la prisión de la Salpetrière, quien compadecido por la ceguera en que estaba sumida la muchacha, la inspeccionó levemente los ojos y dijo a la Frochard que tal vez mediante una operación él podría devolverle la vista.

—Vengan por mi casa e intentaremos hacer algo.

Cuando se alejó el doctor, la pobre Luisa, que había permane-



Vaudrey sabía compaginar admirablemente su amor hacia los humildes con su innata elegancia...



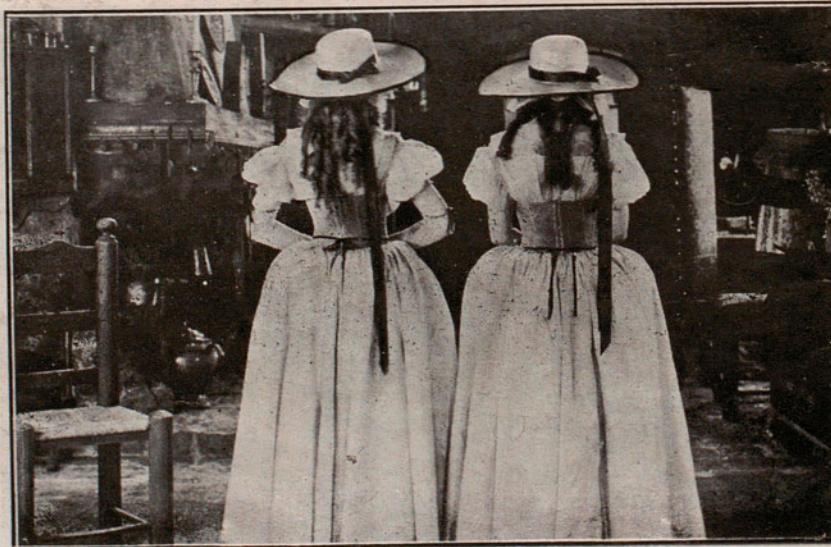
Y la existencia proseguía triste y aburrida para las dos huérfanas..



...le hizo el solemne juramento de no casarse...



...el marqués puso su carroza a la disposición de las huérfanas...



...las dos huérfanas emprendieron el viaje...



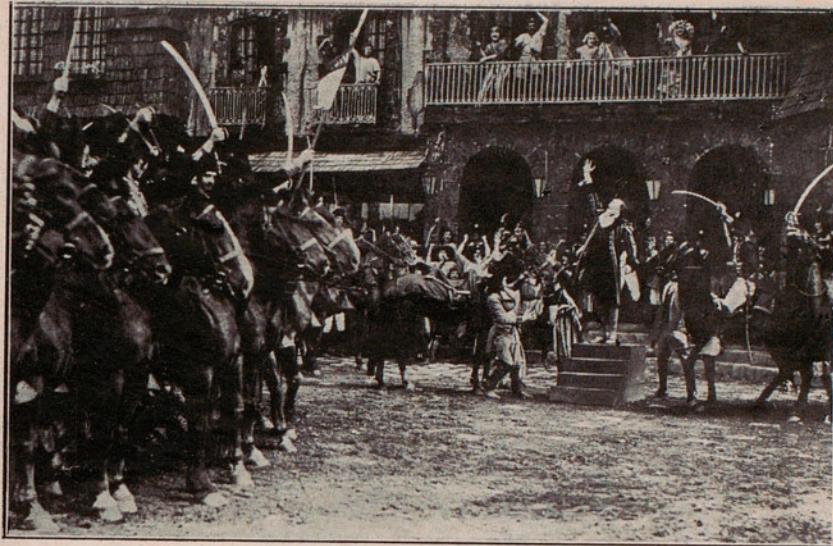
...extrañados de la presencia de aquella mujercita que aparecía desmayada...



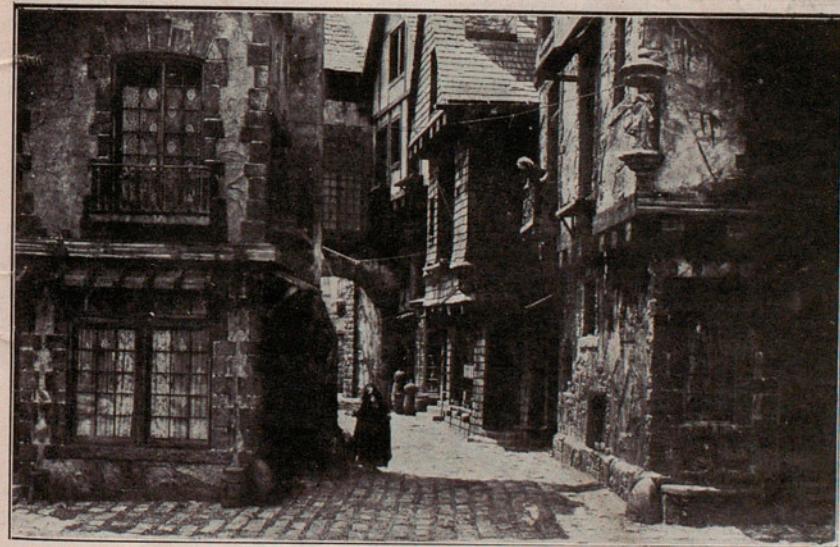
...batióse a espada con el ofensor...



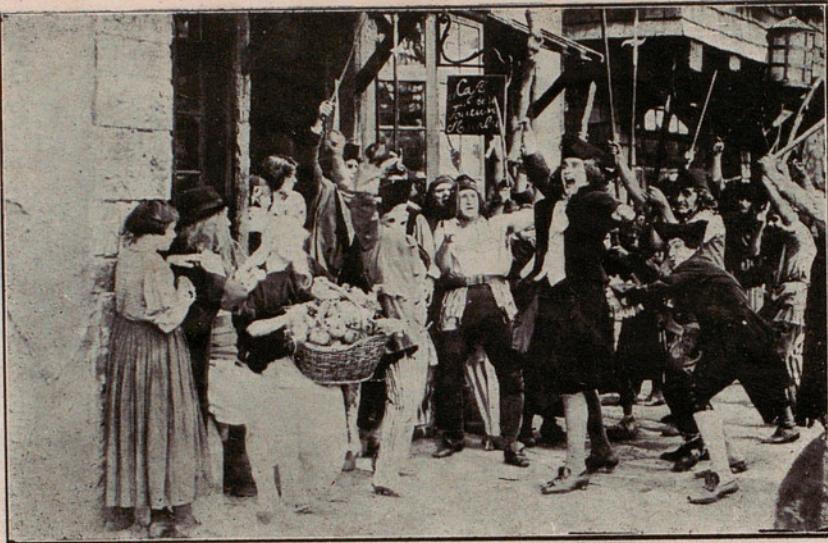
Pedro, el tullido, compadecía con toda su alma a su compañera de infortunio...



La febril y exaltada elocuencia de Dantón...



..Era una canción plena de nostalgia...



...arriesgaba su vida dando ejemplo a los demás...



—¿Dónde está mi hermana? ¿Qué has hecho de ella?



Las arengas de Dantón inflamaban el espíritu popular...



...Jaime intentó abrazar a la deseada...



—He tenido que castigar a ese hermano mío tan malvado...



—¡Perdonadme!... Mi hermana es ciega...

L A S D O S H U É R F A N A S

cido algo apartada mientras el médico hablaba con la anciana, le dijo a ésta:

—¿Qué ha dicho? ¿Podré curarme? ¿Hay remedio para mí? ¡Hable..., hable!...

La vieja sonrió con refinada crueldad. La curación de Luisa no podía interesarle de ninguna manera, puesto que, recobrada la luz, la muchacha se alejaría de ella, y acaso, acaso la denunciara por malos tratos. Y además perdería todas las ganancias que la joven alcanzaba pidiendo limosna de la primera hora de la mañana a la última de la noche.

Con un deseo brutal de cerrarle toda su esperanza, le dijo con morbosa expresión:

—No hay remedio para tu ceguera. Dice que nunca volverás a ver.

Luisa derramó abundantes lágrimas y cubrióse el rostro con el chal con que se envolvía el cuello.

—Dame ese chal—rugió la vieja arpía—. Es necesario que tirites más y más para que las gentes tengan mayor piedad de ti y aumenten sus caridades, que bien lo necesitamos.

Y la repugnante mendiga le despojó de él, poniéndoselo en el cue-

llo, mientras Luisa, titilando bajo la nieve, era como la verdadera imagen del dolor.

Días después el caballero de Vaudrey volvió a visitar en su casa a Enriqueta, y el criado Picard, cumpliendo la orden recibida del conde de Linières, hizo traición al de Vaudrey sin comprender realmente su alcance, y después de mucho meditar informó al conde de las frecuentes visitas que su señor realizaba al domicilio de la joven huérfana.

Bien ajeno a que se tendiera sobre él la garra del espionaje, de Vaudrey preguntaba tiernamente a la dueña de su vida:

—¿Sin noticias aun de vuestra pobre hermana?

—Nada..., ni una palabra..., ni un indicio... Acaso haya muerto.

De Vaudrey respetó unos instantes aquel dolor, y luego, firme en su propósito de seguir el dictado de su corazón, no vaciló más y dijo a Enriqueta:

—Todos vuestros pensamientos los consagráis a ella... ¿Nunca os acordáis de otra persona que no os olvida un instante... porque os ama?

Y para dar más fuerza a su declaración, que desconcertaba a En-

riqueta, el caballero le enseñó un anillo de espousales.

La huérfana, que amaba con toda su alma a Vaudrey, vaciló ante aquella declaración formal. Pero, como si de repente la realidad de los prejuicios se pusiera ante sus ojos, exclamó:

—¿Casarme con vos..., un aristócrata?... ¿No habéis pensado que esto os valdría las censuras, más aún, los desdenes de todo el mundo?

—¡Esas palabras en vuestros labios! ¿Qué me importa el mundo si el mundo somos vos y yo, nadie más? ¿Es que no me amáis?

—¡No! —dijo secamente ella.

Ya el caballero de Vaudrey iba a marcharse, descorazonado, cuando la contenida explosión de un sollozo salido del alma de Enriqueta, le hizo retroceder.

—¡Oh, sí, me amáis! —exclamó, abrazándola—. Os ha traicionado la emoción...

Vencida, Enriqueta se dejó acariciar por el joven y confesó:

—Sí..., os amo..., pero antes es necesario encontrar a Luisa... Yo le prometí un día que no me casaría con ella en tanto no hubiese recobrado la vista... Necesito encontrarla... Una vez esté conmigo, procuraré llevarla a un buen médico y si le devuelve la luz de sus ojos, yo entonces os prometo ser vuestra siempre vuestra...

—¿Por qué dijisteis que no me queríais?

—Para evitaros dificultades, porque deseaba cumplir mi juramento

—Y lo cumpliréis, bienamada. Yo os ayudaré a encontrar a vuestra hermanita, se curará y los dos podremos casarnos y seremos felices eternamente felices...

Y con alegría y optimismo juvenil besó nuevamente el rostro de aquella muchacha ingenua de la que él era ya su dueño.

El destino juega con los humanos a su antojo. Certo día al salir de la iglesia de Nuestra Señora, la condesa de Linières, madre de Luisa, encontró a una joven ciega que le pedía tiernamente limosna... A su lado estaba una mujer con aspecto de bruja, la viuda Frochard.

La condesa, sin sospechar, sin poder remotamente pensar que aquella pobre ciega fuera la hija que un día le robaron, le dió una limosna y le dijo con bondad:

—Toma, hijita, da esto a tu madre.

Luisa quedó con la moneda entre las manos, pero la vieja arpía corrió hacia ella y se la arrebató.

—Es su hija, ¿verdad? —indicó la condesa de Linières.

—Sí, señora. La mayor de siete que tengo... La pobre es ciega.

* * *

—Cuídela mucho...

De regreso a su casa, la condesa habló con su sobrino de Vaudrey, quien le rogó visitase a Enriqueta para que se convenciera por ella misma de que era digna de su amor.

—Y una vez la hayáis conocido, entonces podréis pedir a vuestro marido que me dé su consentimiento.

—Yo iré a ver a esa muchacha, pero es peligroso no obedecer al rey.

—En mi corazón sólo mando yo.

—El mundo no lo entiende así.

—Id, tía..., interceded por mí y os lo agradeceré con toda mi alma.

Así lo hizo la condesa.

Y mientras ella se dirigía al día siguiente a entrevistarse con la huérfana, el conde de Linières llamaba a su despacho a su sobrino

de Vaudrey y le proponía este terrible dilema:

—O te casas con la princesa que te ha destinado la voluntad del rey, o te destierro y confino en un castillo ahora mismo. Elije.

—Ya he escogido—respondió el joven con arrogancia—. Nada nadie me hará ser traidor a mis verdaderos sentimientos. Amo a Enriqueta y o me casaré con ella o con nadie.

—¿Es irrevocable tu resolución, desgraciado? ¿No temes la cólera del rey?

—Nada temo. Ni la del rey ni la vuestra.

—¡Hola, señores!—gritó el prefecto de policía abriendo la puerta y dando paso a varios de sus esbirros. Detengan a ese muchacho y llévenlo al castillo que ya conocen. Tal vez los aires de fuera de París le harán entrar en razón.

—Pueden ustedes detenerme, pero será inútil hacerme cambiar de determinación. Mas, ¿no se me da siquiera un día para arreglarme? —pidió de Vaudrey.

—Ni una hora. Saldrás inmediatamente para tu encierro.

De Vaudrey se inclinó con una sonrisa irónica. Ya procuraría esca-

par un día u otro. Su voluntad no se doblegaría ni ante los castigos ni las penas más infamantes. Sentía su destierro por Enriqueta, que se encontraría sola creyéndose tal vez abandonada. ¡Oh, era preciso buscar algún medio para comunicarle desde el castillo el lugar donde se hallaba!

Con su arrogancia de impecable caballero, de Vaudrey salió de la estancia, midiendo desdeñosamente a su tío que creía poder dominar el amor con la violencia.

Entretanto, bien ajena a lo que había sucedido en su casa, la condesa de Linières se entrevistaba con Enriqueta.

Fué favorable la primera impresión que ella le produjo por su aspecto bondadoso, por aquellos ojos ingenuos que miraban con resplandor virginal.

Pero comprendiendo que aquel casamiento que se proyectaba había de causar muchas lágrimas y sopor tar dificultades casi invencibles, dijo a Enriqueta, que la recibió atemorizada al saber que era tía de Vaudrey:

—Vuestro casamiento con mi sobrino es imposible.

—¡Oh, señora, yo le amo con toda mi alma!

—¡Pobrecita niña! ¡Ay, la diferencia de clases qué mala es y qué cosas me recuerda! Pero me inspiran curiosidad vuestras cosas, niña mía... Háblemo de ellas... Creo que tenéis una hermana que ha desaparecido.

Enriqueta, ante la evocación de la ausente, rompió a llorar y explicó entre sollozos la desaparición de Luisa.

—Luisa...—dijo la señora condesa con un ligero rubor de emoción—. ¡Qué recuerdos me despertó ese nombre tan querido!

—La adoro con toda mi alma... ¡Ah, señora condesa!... Ayudadme a encontrar a mi hermana, y yo... yo haré todo lo que me exijáis... Hasta renunciar al amor de mi prometido, aunque se desgarre mi corazón.

—Pobrecita... la queríais mucho, ¿verdad?

—Sí, era lo único que yo tenía. ¡Pobre nena! Hay un presentimiento que me dice que sufre, que vive en un ambiente de horror. ¡Mi Luisa! Ciega, desamparada en este inmenso París donde hay tanta maldad... Ella que de niña sólo tuvo

ternuras y cuidados... ¡Apiadaos de su infortunio, señora condesa!

La condesa parecía escucharla con verdadero interés, y Enriqueta ya en el terreno de las confidencias explicó:

—Realmente, Luisa no es mi hermana, pero la quiero como si llevara mi misma sangre.

—¿Quién es entonces esa muchacha?

—Oíd la breve historia de esa infeliz a quien tanto amo.

Refirió Enriqueta con todos detalles la historia de la vida de su hermana, explicando cómo fué recogida ante el atrio de Nuestra Señora de París.

La condesa la escuchaba con misteriosa agitación.

Enriqueta enseñó a su visitante el medallón que llevaba pendiente del cuello Luisa en su niñez, y la condesa al verlo y reconocerlo como el que ella misma había puesto sobre su pequeña, quedó estupefacta y saltándose el corazón en el agitado pecho, ahogó dos gritos en su interior:

—¡Mi hija! ¡Es mi hija! En aquel mismo instante se oyó cantar en la calle a una mujer. Era una canción plena de nostalgia y de

melancolía, canción de dulcísima tonada.

Enriqueta se levantó impresionada, estremecida por la emoción. ¡Ay, aquella voz! ¡Qué hermosa era y qué sentida! El ruiseñor cuando está ciego canta mejor.

Dejando a la condesa, que tenía aún en sus manos el medallón, se asomó precipitadamente al balcón y al reconocer a la mujer que cantaba, gritó con toda su alma:

—¡Luisa! ¡Luisa!

Por fin, tras tantas angustias volvía a ver a su hermanita. Y con el temor de que la ciega se alejara, iba gritando en el silencio de la vieja calle conventual:

—¡Luisa! ¡Luisa!

La pobrecita ciega levantó las manos donde le parecía oír la voz de Enriqueta.

Y sus ojos pretendían inútilmente agujerear el espeso velo de sombras que lo cubrían.

—¡Enriqueta!... ¡Eres tú, Enriqueta!—sollozó llorando.

—¡Yo, Luisa!... Yo... No te muevas... Estoy en el balcón... Voy a bajar a la calle a buscarte.

—Sí..., sí... No tardes..., pronto, hermanita...

Y con la desorientación de su

desgracia, iba de un lado a otro de la acera, deseando acercarse lo más posible a la protectora de su vida, a la que volvía al fin a encontrar.

Y en el pisito de Enriqueta, la condesa, que también se había asomado al balcón, pasaba por la más horrible de las torturas por no poder descubrir su secreto, por no poder gritar también a aquella pobre cieguecita que era la hija de sus entrañas.

¡Oh, Luisa, niña querida! Su corazón de madre se desgarraba a pedazos ante el dolor de su destino.

Enriqueta, sin fijarse en las lágrimas de la condesa de Linières, recomendaba, llorando de alegría, a su hermana que no se moviera de allí, pues iba por ella en seguida. Pero de pronto apareció la vieja Frochard que momento antes se había metido en una taberna para remojar una vez más su garganta quemada por el alcohol, y al escuchar los gritos de las dos huérfanas, temiendo que se le pudiera escapar Luisa, cogió a ésta brutalmente por un brazo y la arrastró, corriendo, lejos de allí, sin hacer caso de la resistencia ni de los gritos de la desventurada muchacha.

Enriqueta, loca de dolor, estaba dispuesta a arrancar de los brazos de aquella bruja a la pobre Luisa, pero en el momento en que iba a salir a la calle, la fatalidad se opuso a ello. Entraron en la estancia unos agentes de policía mandados por el prefecto conde de Linières.

La condesa y Enriqueta contemplaron con espanto a los recién llegados que impedían la salida.

—¡Dejadme! ¡He de ir a buscar a mi hermana!

Y pretendía filtrarse entre los guardias que formaban un muro ante la puerta.

El conde de Linières lanzó una mirada de desdén a la esposa. Con que había ido allí para amparar a la muchacha, ¿eh? De poco le valdría. El estaba dispuesto a acabar con todo aquello. Con absolutismo de autócrata el feroz prefecto había resuelto terminar para siempre con el enojoso asunto del caballero de Vaudrey, y para ello mandó detener a Enriqueta por los policías que estaban con él.

—Pero, ¿qué he hecho yo? ¡Dejadme partir! Se trata de mi hermana... La he encontrado al fin... ¡Sed caballeros!

El implacable conde ordenó a los policías que se llevaran a la muchacha, quien salió arrastrada por las manos feroces de los esbirros.

La condesa, sin poder articular palabra, presenció la infamia, sintiéndose desfallecer.

El brutal conde, energético, ordenó a su escolta que Enriqueta fuese llevada a la Salpetrière, nombre del hospicio de París, que era también casa de reclusión para las muchachas pecadoras, cometiéndose, confundiéndola con las otras, una espantosa injusticia.

La condesa, en silencio, guardando para su corazón las torturas de la maternidad que no podía manifestarse, tuvo que seguir en silencio a su marido y regresar al hogar, escuchando con triste resignación las diatribas del prefecto que juraba que nadie en el mundo le había desobedecido en vano.

Enriqueta deseó con más ardor que nunca su libertad con la esperanza de rescatar a su hermanita de manos infames y procurar que la luz volviera a sus ojos.

Por su parte, la condesa, no pudiendo contener por más tiempo sus ansias de confesión del secreto que atormentaba su vida, lo reveló un día a su esposo.

Al principio, el prefecto mostró fuerte indignación, pero luego, a medida que ella le explicaba con detalles el pasado y como habiéndose casado legalmente con un hombre de la clase media, los de Vaudrey habían matado a éste y arrebatado su hijo, fué humanizando su protesta.

Y rindiéndose a lo inevitable, en aras del amor que sentía hacia su mujer, acabó perdonándola y prometiendo, para que el escándalo no trascendiera, buscar a aquella hija abandonada.

Pero el prefecto tuvo que olvidar pronto sus pesquisas para procurar hacer fracasar el movimiento revolucionario que como una mancha de sangre invadía ya la superficie de París.

Llegaba la revolución, la grandiosa página de la historia de Fran-

cia. El pueblo rompía sus cadenas y se lanzaba a la toma de la Bastilla.

Con la pérdida de esta verdadera plaza fuerte del rey, la monarquía veía rotos sus blasones; una promesa de libertad y de vida más noble sustituía a la antigua.

Todo cambiaba; de todas partes eran echados los amigos de la monarquía. Las calles de París se llenaban de una multitud ebria y brutalmente hermosa que cantaba himnos bélicos y hablaba de unos adorables derechos del hombre como panacea de todos los males. Los palacios aparecían cerrados, muchos de ellos desiertos; en otros, sus elegantes moradores, tras de las ventanas, contemplaban con espanto el progresivo avance de la revuelta.

Dantón y Robespierre eran los caudillos. El primero arriesgaba su vida dando ejemplo a los demás, mientras que el segundo... esperaba en sitio seguro el resultado de la lucha.

Las arengas de Dantón inflamaban el espíritu popular y lanzaban a la muerte con una sonrisa en los labios. Robespierre como jefe de Estado Mayor, en un lugar reser-

* * *

El caballero de Vaudrey, bien ajeno a la dolorosa situación en que se encontraba su adorada Enriqueta, sufría en tanto su condena de destierro en una fortaleza de los realistas, lejos de París.

Los primeros días fueron para Enriqueta terribles en el encierro de la Salpetrière. Se encontraba más aislada y sola allí entre aquellas mujerzuelas infames que se burlaban de sus maneras cándidas y de su aire nobilísimo, que en la soledad de su pisito de París.

Dos nombres acudían constantemente a sus labios:

—¡Vaudrey! ¡Luisa!

En una de sus visitas semanales, el buen médico de la Salpetrière habló con Enriqueta, comprendiendo inmediatamente que no se trata-

ba de una mujer de la baja calidad de las otras.

¿Por qué la habían encerrado allí? Era una equivocación lamentable que habría que subsanar inmediatamente.

Enriqueta, confiada a aquel hombre bondadoso, le contó su historia y la misteriosa desaparición de su hermana.

Recordó entonces el médico haber visto a esa cieguecita ante la puerta de la iglesia acompañada de una asquerosa mendiga, la vieja Frochard. Sí, debía ser su hermana.

—Cuando salgas de aquí, irás a buscarla... La explota esa vieja maligna. Cuando te hayas reunido con tu hermana, ven a verme y procuraremos devolverle la vista.

vado de las balas, dirigía científicamente la revuelta.

De todo se apoderaron las mesnadas del pueblo, ávidas y deslumbradas por una libertad peligrosa por su rápida amplitud. Las cárceles fueron todas abiertas, sembrando la ciudad de gentes condenadas de modo injusto o justamente, dejando sueltos por París miles de criminales que, como cuervos, se aprovechaban de los despojos de la situación.

Como todas las víctimas de los aristócratas, Enriqueta fué puesta en libertad.

Su primer pensamiento al encontrarse en plena vía pública fué el de presentarse en la covacha de la vieja Frochard, cuya dirección le había dado el médico de la cárcel. Deseaba reclamar a Luisa y la arrancaría de todos modos de las garras de la bruja.

Por el chal que llevaba puesto la repulsiva anciana, Enriqueta se convenció de que era cierto que su hermana vivía allí, y golpeó a la vieja pidiéndole que le devolviera a Luisa.

Mas la bruja, sorprendida por los contundentes argumentos de la muchacha y no dispuesta a perder el

negocio que le representaba la ciega, comenzó a llorar fingiendo una gran desgracia.

—¡Ay de mí! ¡Ay de nosotras!

—¿Qué? ¿Dónde está mi hermana? ¿Qué has hecho de ella?

—Ha muerto hace poco... Una enfermedad rápida, de muy breves días... ¡Pobrecita! Yo que la quería como una hija y esperaba entregarla si venías tú alguna vez!

—¡Oh, no mientes..., no mientas!

—Te prometo que digo verdad. Tu hermana no existe.

Con una duda horrible en el alma, Enriqueta abandonó la casa de la impía. ¿Sería cierta aquella desgracia? ¡Oh, no, no! Era imposible que Luisa hubiese muerto. Lo que ocurría era que la maldita vieja la quería para sí, pues seguramente con sus cánticos la ciega la mantenía.

Iría a visitar a la policía del nuevo régimen que se decía amparador de todo el que sufría rigores injustos.

Apenas se marchó Enriqueta, la bruja se echó a reír torpemente y después de beberse un vaso de vino se dirigió al sótano, donde estaba encerrada Luisa, y aun la martirizó

con la explicación de la visita inútil de su hermana.

Enriqueta, entretanto, se había dirigido a la comisaría de policía para que averiguaran qué verdad había en la historia de la vieja Frochard..., pero en aquel momento los intereses particulares no contaban para nada y le dijeron que era preciso esperar, que más adelante, una vez sosegadas las inquietudes de esa hora febril, sería tiempo de buscar a la hermana.

Enriqueta salió amargada de aquella casa, sin otro pensamiento que el de la pobre Luisa desaparecida...

Y de pronto se encontró entre la muchedumbre delirante que festejaba la victoria de los oprimidos, y se aturdió entre aquellas gentes que reían cual presas de una colectiva embriaguez, la embriaguez de la libertad. Y ella, llorando y riendo, fué arrastrada entre ese gentío enloquecedor.

* * *

Jaime Frochard, que codiciaba desde hacía algún tiempo los encantos de la ciega indefensa, pretendía, consintiéndolo su madre, llevar a cabo su criminal acción.

Luisa temía a ese hombre. Su pobre corazón, más triste aun desde aquel encuentro con Enriqueta, deseaba librarse de las cadenas de la esclavitud que le oprimían, así como sus ojos querían verse libres de

la noche sin fin que les rodeaba.

Cierto día, Jaime intentó abrazar a la deseada, pero Pedro, el tullido, encendido de indignación, le plantó cara, diciéndole airadamente:

—Bastante tiempo he temblado cobardemente ante tu maldad. Pero esto se ha acabado. No intentes tocar a Luisa... porque soy capaz de matarte.

—¿Quién va a impedírmelo?

—Yo..., yo...

—Tú eres un inútil. ¿No puedes apenas valerte a ti mismo y te atreves a meterte en mis cosas?

Y se echó a reír a carcajadas, con un ruido que hacía un daño físico en el corazón del desdichado.

Pero la mofa fué breve, pues Pedro, con el alma rebosante de odio, se lanzó contra su hermano.

Salieron a relucir cuchillos y los dos hermanos se agredieron con brutalidad salvaje.

La vieja Frochard y Luisa lanzaban gritos de espanto, la primera viendo en peligro a Jaime, su hijo más amado; la otra, adivinando la brutal acometida.

La lucha fué breve. Pedro, derribando a su enemigo, le hundió en la espalda un puñal.

Rechazando las manos de la vieja, que le amenazaba iracunda, avanzó hacia su amiga Luisa y cogiéndole por la mano le dijo:

—¡Salmamos de aquí! Esto es la

muerte... Vámonos, vámonos....

—Te seguiré donde quieras, Pedro... Tú eres el único que en esta casa se preocupó de mí... Pero, ¿por qué grita tu madre? ¿Qué ha pasado?

—Nada, Luisa, nada. ¡Huyamos! He tenido que castigar a ese hermano mío tan malvado.

Y escaparon los dos de aquella maldita casucha, mientras la vieja Frochard recogía de su hijo Jaime, que se desangraba por la espalda, el último suspiro.

Pedro y Luisa se dirigieron a otro barrio extremo, alquilando una pobre barraca.

Pedro, libre de aquella familia repugnante, prometió a Luisa ampararla y hacer todo lo posible para encontrar a la buena hermana.

Y Luisa, agraciada, le acarició con fraternal afecto porque aquel pobre muchacho había sido para ella el único aliento entre una gente explotadora e inicua.

* * *

La realeza había caído. Con ella caían a la vez las cadenas de la tiranía... Así a lo menos lo decían los libertadores... Pero, frustrando la voluntad popular, surgió una nueva forma de opresión, de anarquía, que tenía por caudillo a un político de falaces astucias: Robespierre.

Aquel abogado de maneras frías, cortesanas, como si se hubiese educado en un palacio, era implacable para sus enemigos vencidos.

Hablabá en nombre de la libertad, y esa diosa tan vilipendiada y estrujada a veces por sus mismos defensores, sufría nuevas embestidas brutales por parte de los victoriosos caudillos.

La guillotina funcionaba sin cesar... y en vano Dantón, verdadero hijo del pueblo, abogaba por los sentenciados políticos rivales, pi-

diendo para ellos un poco de clemencia.

Pero a esas exhortaciones nobilísimas, Robespierre contestaba con la frialdad de un tirano:

—Francia debe ser purgada de toda maldad. (*Frase rigurosamente histórica.*)

La guillotina obedecía, sumisa, a la mano del verdugo. Inútiles eran los esfuerzos de Dantón para contener aquella furia desatada, aquella opresión que venía a sustituir a la antigua sin más que un cambio de nombre. A la tiranía de la aristocracia sucedía la de abajo, agravada por la ceguedad del fanatismo.

En toda la nación reinaba un desconcierto extraordinario... Aprovechando aquel estado de anormalidad que agitaba a todo el país, el caballero de Vaudrey pudo huir de

su prisión, y en una carreta, disfrazado de plebeyo, llegó a las puertas de la ciudad, y por medio de un falso pasaporte proporcionado gracias a unos doblones, le fué permitida la entrada en el recinto de París.

Tisón, el antiguo colono de los de Vaudrey, que se había convertido en la nueva situación en un importante personaje, vió al de Vaudrey sobornando al ciudadano que revisaba los pasaportes, y anheloso de un deseo de venganza acumulado en su alma durante años y años, le siguió hasta la casa de Enriqueta, deseando vengarse en él de los martirios sufridos por sus mayores.

Enriqueta, postrada de hinojos ante una imagen de Cristo, imploraba a El que iluminase la tenebrosa senda de su vida...

¿Qué iba a ser de ella? Ignoraba el paradero de Luisa, y respecto a su novio se había enterado por el criado Picard que el conde Linières le había hecho desterrar.

Enriqueta se levantó al ver entrar a de Vaudrey. Rota por la emoción, apenas sin poder articular palabra, se estrechó en sus brazos sollozando de alegría.

Ya no era todo dolor en la vida.

A lo menos de Vaudrey volvía a estar a su lado.

—¿Estáis libre ya? ¿No habéis de volver a vuestro encierro? —le preguntó, anhelante.

—¡Libre al fin, vida mía! El régimen que me tiranizó ya no existe. Mi tío fué destituído de la prefectura... Para vos y para mí, amada mía, ha llegado la hora de la libertad... Podremos dedicarnos a buscar a tu hermana y la arrancaremos de donde se halle.

—¡Oh, Vaudrey, qué feliz me haces!

¡Pero qué poco debía durar aquella alegría en los dos corazones juveniles!

Instantes después irrumpían brutalmente en la casa varios soldados de aspecto feroz mandados por el criminal Tisón.

—¡Quedáis presos! —les dijo el malvado con cínica sonrisa.

—¿Por qué? —protestó de Vaudrey estrechando más y más entre sus brazos a su enamorada.

—Porque tú eres un aristócrata y ella se ha escapado de la cárcel. Todo lo sé y el Tribunal os ha de castigar implacablemente.

—¿Pero estás loco, Tisón? ¿A qué esa venganza? ¿Qué daño te hi-

ce yo nunca para que me trates tan mal?

—Tú eras uno de los tiranos del pueblo... Tengo que vengarme de las ofensas que me han hecho tus familiares..., muchas ofensas..., todavía no lo sabes tú bien... He esperado largos años... Todo llega..., todo... Al fin ha sonado mi hora.

—¡Miserable! Pero, Tisón, detenme a mí..., a ella no..., a ella no.

* * *

Al día siguiente fueron llevados ante el Tribunal. Espectáculo inolvidable el que ofrecía aquella sala tétrica que parecía ser presidida por el alma invisible de la muerte.

Las sentencias de pena capital menudeaban; nadie se escapaba apenas de la terrible y vengadora cuchilla.

El Tribunal popular despachaba los asuntos con la facilidad de la incultura, con la brutalidad del instinto, ciego a la piedad.

—¡A ella como a ti! La amas, ¿verdad? ¡Qué bien! Te duele verla sufrir, ¿no? ¡Magnífico! Así será más sabrosa mi venganza.

Y a una orden de aquel criminal, los soldados se arrojaron contra los dos jóvenes y maniatándolos les obligaron a seguirles hacia la prisión, ya rebosante de víctimas de la revolución triunfante.

El público se aglomeraba sediento de sangre, riendo a carcajadas y rompiendo en estruendosos vivas cada vez que se anunciable una nueva condena de muerte.

Era la sabrosa venganza de los oprimidos que veían, al fin, humillados y sufriendo a aquellos aristócratas que antes les trataban como a bestias.

De Vaudrey fué llevado ante el Tribunal y recibido con una sarta de injurias por toda la plebe soez.

El fiscal acusó a de Vaudrey de pertenecer a la aristocracia y de conspirar contra el régimen triunfante, pidiendo para él la guillotina... Y el pueblo, rugiendo enloquecedor, como la antigua plebe romana cuando en los circos calcinados de sol lanzaba el terrorífico grito: ¡A los leones, los cristianos!, ahora clamaba también con voz unánime y escalofriante: ¡Guillotina, guillotina!

El tribunal, presidido por Tison, que saboreaba el placer del triunfo y aconsejado por Robespierre desde los escaños públicos—pues éste asistía a las audiencias como simple ciudadano—, condenó a la guillotina al de Vaudrey, quien escuchó con mirada estoica la lectura de la sentencia.

No le importaba morir y no quería pedir piedad a aquella gente ingrata a quien él tanto había favorecido en los días de amargor, lo que ahora todos olvidaban, no viendo en él más que un ejemplar de la odiada clase aristocrática.

Momentos después compareció Enriqueta, temblorosa, apenada ante aquel mar encrespado de pasiones.

El fiscal la acusaba de complici-

dad con de Vaudrey y ella negaba y el mismo Vaudrey protestaba indignado contra aquella suposición.

La plebe volvía a insistir en sus gritos, que eran como los antiguos clamores de carne a las fieras... Sí, sí..., guillotina contra todos, que no quedara ni un defensor de aquella gentuza opresora.

Los ojos limpios y nobles de Enriqueta se volvieron hacia esa plebe sedienta y de pronto descubrió en uno de los primeros escaños, silenciosa y triste, a su hermana Luisa. Junto a ella, hablándole, estaba un hombre medio tullido, Pedro Frochard.

Lanzó un grito:

—¡Luisa! ¡Luisa!

La pobre joven, que con su amigo Pedro había entrado en la sala del Tribunal materialmente empujados por el pueblo y sin compartir sus entusiasmos, levantóse temblando al oír que la llamaban.

—¡Luisa! ¡Luisita!

—Oh, esta vez sí que no se engañó! ¡Era la voz de su hermana!

—¡Enriqueta!

Pedro guió a Luisa hacia el centro de la sala en dirección a la procesada.

Enriqueta le tendió los brazos

para estrecharla contra su pecho, pero los soldados del pueblo, los "descamisados", le impidieron que se acercase a ella, obligando a Luisa a permanecer otra vez en su puesto.

—¡Quietas!—gritó el malvado Tison—. Atienda, ciudadana, al tribunal.

Luisa, llorando desesperadamente, dándose cuenta de que la vida de su hermana estaba en peligro, volvió a su sitio, siempre acompañada del buen Pedro.

Y Enriqueta, agitada y febril, miraba al Tribunal y luego a su novio... y tenía miedo de que tantas emociones acabaran por matarla.

Era preciso vivir, vivir ahora más que nunca. Su hermana estaba allí cerca. Ojalá nunca más se separara de ella.

De Vaudrey la infundió ánimos, y Enriqueta, más serena, se defendió de las acusaciones del Tribunal... Pero su serenidad, su confianza iban desapareciendo al ver que no era escuchada y que su sentencia de muerte, por haber protegido a un aristócrata, era inminente.

Recurriendo entonces al sentimiento, pensando que aquellos jue-

ces eran hombres y no hienas, rogó al Tribunal:

—¡Perdonadme!... Mi hermana es ciega..., ya lo habéis visto... Ella es inútil para cuidarse a sí misma, y necesita de mí..., de mi compañía..., de mi amor... ¡Por piedad, señores!

Tison consultó con la mirada a Robespierre. Este, con aquella serenidad de ánimo estereotipada en su rostro, examinó a Enriqueta y, asociando al recuerdo del rostro femenino el del pretérito agravio, surgió la terrible sonrisa con que velaba su alma inmisericorde.

—Decidme—le preguntó delante de todos con una voz dulce y débil—. ¿No se os internó en la prisión para mujeres de mala vida?

De Vaudrey le miró con exaltación. ¡Canalla! Pero Enriqueta supo contestar dignamente:

—¡Oh, sí, me detuvieron! ¡Fué una celada infame! Pero nadie, señor, nadie ha manchado mi pureza.

—¡Ya!

Hizo un gesto disimulado a Tison y uno de sus dedos pasó levemente sobre su garganta. Y Tison, después de consultar a los jueces, anunció la sentencia, la misma de siempre.

¡Guillotina!

Hubo un nuevo rugido de la plebe. Bravo..., bravo..., que no escapa ni uno... Luisa creyó morirse de pena y pronunciando el nombre de su hermana quiso levantarse, siendo contenida por Pedro, que la prodigaba frases de cariño.

Robespierre sonrió... Quedaba vengada la inolvidable afrenta... ¿Y qué importaba un muerto más?

De Vaudrey volvió a estrechar entre sus brazos a Enriqueta, que había quedado exánime, como si la

emoción le fuera arrancando las últimas fuerzas de la vida.

Los soldados apartaron a Vaudrey del lado de ella y le obligaron a salir. Detrás iba Enriqueta... Iban a ser conducidos hacia la muerte...

Aun Enriqueta quiso abrazar a la ciega adorada, pero se lo impidieron.

Y Luisa y Pedro, que velaba por ella, siguieron a los dos condenados, entre una multitud que parecía borracha y clamaba irónicamente libertad y fraternidad.

* * *

Al salir de la Audiencia, vió Dantón entre los sentenciados a Enriqueta y a de Vaudrey y su alma se rebeló airada ante la idea de que aquellas dos buenas personas sufrieran el fin a que condenaba a todos la maldad de Robespierre.

—¡Voy a pedir vuestra libertad!—les dijo, infundiéndoles esperanzas—. No es posible se os condene.

Y aquel león de la oratoria, aquel gigante que sabía conmover las masas con el fuego delirante de

su elocuencia, se presentó ante el Tribunal, desoyendo la advertencia de unos compañeros de que con otra petición de gracia sólo conseguiría poner en peligro su propia vida.

La presencia de Dantón hizo callar por ensalmo a toda la exaltada plebe.

—Estáis a punto de cometer un crimen y en nombre de la justicia y la razón vengo a impedirlo. Habéis condenado a dos amigos del pueblo, a dos de nuestros hermanos. Vaudrey es un aristócrata, ciertamente, pero, ¿qué importa ello? Yo le he visto en los días del viejo régimen repartir pan y dinero a los pobres y besar a los viejos como en símbolo de humana fraternidad. Y esa mujer, esa Enriqueta, pura como el lirio de los valles, me ha dado hospitalidad en su casita cuando los realistas me perseguían dispuestos a matarme... ¿Y así pagáis el amor de esos dos seres? Pueblo de París, pueblo de Francia, franceses, convenid conmigo en que eso no puede ser.

Y así, ante todo el pueblo, que al principio se negaba a que el Tribunal accediese al deseo de Dantón —cosa que no estaba Robespierre dispuesto a tolerar —, el más

grande de los oradores, cuya gratitud inextinguible a Enriqueta libraba contra el odio la más formidable de las batallas, pronunció el discurso más emocionante de su vida de luchador.

Y ahora, vencido su rencor por la palabra mágica, el pueblo arrebatado otra vez por la cálida palabra del tribuno, pedía piedad.

—¡Que se cumpla la voluntad de Dantón!—gritaba.

El Tribunal no se decidía, máxime cuando Robespierre hacía su gesto característico de muerte, como las antiguas vestales indicaban con el dedo pulgar hacia abajo que no debía haber piedad para el vencido. Pero era tan imponente el mandato del pueblo, tan encrespado el mar tempestuoso de la muchedumbre, que los jueces, amedrentados, temiendo por sus vidas, firmaron los dos indultos, entregando estos documentos acreditativos a Dantón...

Sin embargo, Robespierre, hizo cerrar las puertas que daban a la calle, anhelando que Dantón no llegase al pie de la guillotina.

Pero todos los obstáculos fueron vanos. Dantón, apoyado por un buen puñado de hombres, consiguió abrir

las puertas de la Audiencia y, subiendo todos en briosos caballos, se dirigieron a galope hacia el lugar de la ejecución.

¿Iban a llegar a tiempo?

Dantón espoleaba a la bestia con un ansia delirante de acercarse a la lejana plaza pública...

Había que salvar a los que merecían una vida de honor.

A de Vaudrey le habían subido a un carro para conducirlo al sitio de la ejecución. Durante el camino fué objeto de toda clase de befaz por un público soez y burlón.

¿Quién de ellos se acordaba de que Vaudrey había dado toda su vida su alma al pueblo?

¡Ah!, nada hay más voluble que el pueblo, ingrato con todo el mundo, y también olvidadizo. ¿No vi no un día, tras la entrada triunfal de Jerusalén, el Calvario para Cristo?

En otro carro iba Enriqueta... La rodeaban como a su amigo las muchedumbres sedientas de venganza. Luisa y Pedro, abriéndose difícilmente paso, pudieron llegar hasta ella...

Las dos hermanas se abrazaron otra vez; Enriqueta, apoyada en la baranda del carro; Luisa, levantan-

do los brazos en una actitud de suprema imploración.

Sin ver lo que realmente ocurría, la pobre ciega se lo imaginaba con una lucidez prodigiosa.

—No, no quiero que mueras... no lo quiero—repetía con una insistencia penosa—. Baja del carro. No te deben llevar...

—Luisa, mi pobre hermanita... Dios no ha querido que volvamos a vivir juntas.

Pedro contemplaba con lágrimas en los ojos la dolorosa escena y de buena gana se hubiera lanzado contra el carro y, apoderándose de Enriqueta, llevársela lejos de allí. Pero, ¡qué absurdo era el plan! Las fieras caerían sobre ellos dándoles allí mismo muerte.

La soldadesca separó brutalmente a Luisa de Enriqueta y el carro prosiguió su camino, mientras Luisa y Pedro seguían penosamente detrás, entre la plebe, apoyándose la débil cieguecita en el brazo que temblaba de ira, de su compañero.

Avanzaba la carreta rápidamente. Al llegar a una de las plazas tuvo que detenerse de nuevo porque unas cuantas mujerzuelas, lanzando gritos estrepitosos y palabras soeces, llenaron de guirnaldas de flo-

res la cabeza de la infeliz Enriqueta.

Un soldado, más compasivo que los demás, le arrancó aquel grotesco adorno y el siniestro cortejo continuó su marcha.

Y, por fin, llegó al sitio indicado para celebrar la sentencia... Y no eran Vaudrey y Enriqueta los únicos reos... En otras carretas habían sido conducidos allí nuevos desgraciados.

El verdugo, de pie sobre el tablado, contemplaba con indiferencia a aquellas víctimas que iban a dar su sangre.

A la vista del tablado, un trágico estremecimiento erizó la piel de la pobre Enriqueta.

—No, no, no quería!

La hicieron descender del carro. De Vaudrey hizo lo mismo y el joven, que se mantenía más sereno, corrió al lado de la mujer que amaba e intentó consolarla.

—¡Valor, pobre amiga mía!... Más allá de la muerte hemos de encontrarnos. Nuestro amor es inmortal.

Sus labios se fundieron en una caricia de sus dos corazones. Iban a morir, pero su amor subsistiría

a través de la otra orilla del hondo misterio.

La cuchilla comenzó a funcionar. Varios hombres y mujeres fueron poniendo la cabeza en el círculo siniestro... El verdugo, con sonrisa feroz, apretaba un resorte y la hoja de acero, limpiada cada vez, caía instantáneamente con la velocidad de un rayo sobre la cabeza, partiéndola en redondo de un solo tajo.

La cabeza, separada del tronco, y con la última expresión del horror, saltaba a un cesto cercano, salpicando el suelo de manchas rojas.

Y el pueblo, sin sentir estremecida su sensibilidad por el horrible espectáculo, reía, bromeaba, se divertía haciendo graciosos epigramas acerca de la cara que ponían los condenados. No parecía sino que para su felicidad futura, para que subsistieran los derechos del hombre, debía abonarse con sangre noble la tierra donde iban a vivir...

¡Desgraciados! No sabían que la tierra tiene una sed loca, que no se sacia jamás, y que tras la bebida roja de la aristocracia querría y absorbería brutalmente, codiciosamente,

mente, el vino tinto de la sangre del pueblo...

Pero ellos no lo pensaban así... y creían que era eterna la conquista de sus derechos.

La muerte triunfaba en una plaza pública de París... Y por escenario de horror, había el cielo azul, un sol delicado y tibio que parecía cantar la vida, y aun asomaba tras algunas verjas, la pompa soberana de unos jardines verdes y bien cuidados que hablaban de días en que la paz era algo palpitante.

Un soldadote que leía las listas de los condenados pronunció el nombre de la ciudadana Enriqueta.

Bien; ella irguió la cabeza con la resignación de lo inevitable. Adiós, Vaudrey... hasta luego... Puesto que era necesario morir, adiós cuanto antes.

Un último beso, un último abrazo con el novio y avanzó ligeramente temblorosa hacia el tablado.

Luisa, sin ver, adivinaba que llegaba el instante de la muerte de su hermanita. Y su mano se crispaba sobre el brazo de Pedro, una mano impotente y nerviosa.

—¡Hermanita, hermanita!—murmuraba, mientras gruesas lágrimas

bañaban de rocío sus pálidas mejillas.

Pedro no pudo contenerse más... ¿Es que no había un hombre que pusiera coto a tanta infamia? ¿Nadie se conmovía ante el espectáculo de la pobre mujercita subiendo al cadalso?

Pues bien; allí estaba él.

Empuñó un cuchillo y, presa de repentino furor, abrióse paso entre la multitud y, subiendo al tablado, saltó sobre el verdugo y le apuñaló con el arma justiciera, para que no pudiera matar a la inocente.

Su misma nerviosidad le hizo errar el golpe; el puñal sólo resbaló ligeramente por las carnes del ejecutor.

Los ayudantes del verdugo se arrojaron contra el vengador, apaleándole brutalmente y le hubieran dejado allí mismo muerto si uno de los magnates de la revolución no ordenase que fuese guillotinado también.

Pedro, caído en tierra, vencido por los garrotazos, sólo lamentaba no haber acabado con el verdugo... No le importaba la vida, sino la justicia...

Enriqueta le contempló con ojos dulces en los que había un inmenso

agradecimiento. Conocía a aquel hombre, era el que acompañaba a Luisa.

La muchacha miró entre la muchedumbre a la huérfana y la vió en una de las primeras filas, llorando, preguntando detalles de lo que ocurría.

No quiso Enriqueta atormentarle con una nueva postrera despedida y desvió dolorosamente los ojos.

Había llegado el momento. Avanzó, casi tambaleándose, hacia la guillotina.

De Vaudrey, en un esfuerzo supremo, quiso desprenderse de sus carceleros para salvar a la amada, pero no consiguió otra cosa que le cogieran con mayor fuerza.

El verdugo tendió a Luisa sobre una tabla y ajustó a su cabeza el círculo de hierro.

En el último instante de su vida, Enriqueta se encomendó a Dios...

Fué el verdugo a apretar el resorte para que accionase la cuchilla... pero en el mismo momento invadió la plaza un escuadrón a todo galope y un hombre, Dantón, avanzando a caballo y llevando en la mano unos papeles, gritó:

—¡Indulto!... ¡Indulto!

El gran orador saltó al tablado

y mostró al verdugo y a los jueces el documento de libertad, firmado por los miembros del Tribunal.

Había que rendirse a la evidencia. El jefe ordenó, entre la expectación general, que se suspendiera, pues, la ejecución de los dos amantes.

Fué libertada Enriqueta, quien cayó casi sin sentido en los brazos de Vaudrey, y los dos jóvenes se besaron locamente, con ansias infernales de vivir, de subsistir, de quererse...

La popularidad de que gozaba Dantón había puesto inmediatamente al pueblo en favor de los ex condenados... Ahora todo el mundo mostraba su alegría, y como Luisa supiese por sus vecinos que había indulto para las dos jóvenes, rogó a unas mujeres la condujesen junto a Enriqueta.

Así lo hicieron éstas, y las dos hermanas, libres al fin, pudieron también besarse en un inmenso beso de paz.

Luego, Enriqueta y de Vaudrey fueron a agradecer a Dantón su noble actitud.

—Nada os debo... Os pago con amor lo que un día hicisteis por mí—dijo el famoso tribuno con la

alegría que proporciona hacer el bien.

Pero el verdugo había cogido a Pedro Frochard y quería llevarlo a la guillotina.

Enriqueta y de Vaudrey suplicaron entonces a Dantón intercediese para que fuese libertado también aquel desdichado que les había querido ayudar.

—¡Libertad a ese hombre!—ordenó Dantón a los verdugos.

Al principio se negaban a obedecerle, pero el clamor de la plebe obligóles a dejarle también libre... Y Pedro, el humilde afilador, fué a besar la mano de Dantón y cayó luego de rodillas ante las dos hermanas.

Aquel día no había más ejecuciones y el pueblo comenzaba a desfilar. Sin que él mismo observara el fenómeno, se marchaba más contento que otras veces, porque no todo

había sido muerte en la plaza, sino que en aquella batalla reñida entre el bien y el mal, la Vida se había llevado la victoria.

Sólo una mujer se marchó masticullando feroces palabrotas... Era la desalmada y rencorosa vieja Frochard, madre desnaturalizada que de buena gana hubiese querido que a Pedro le acariciara el cuello la cuchilla... De esta manera se vengaría la muerte de Jaime...

Un hombre, el criado Picard, fué también a pedir perdón a de Vaudrey por haberle denunciado a instancias del conde de Linières, denuncia que provocó el destierro del joven... Como aquél era día de perdón, el noble se lo otorgó generosamente...

Y los novios, en compañía de sus amigos, marcharon de aquella plaza con el alma llena al fin de un poco de sol.

* * *

Algún tiempo después, Luisa recobró la vista, merced al bondadoso médico de la Salpetrière. Fué la mayor alegría que tuvo en su vida poder volver a ver la inmensidad de bellezas y de colores que guarda el mundo para los ojos humanos.

Y la condesa de Linières reconoció como hija a aquella dulce criatura. El conde dió su aquiescencia a que aquella muchachita fuera a vivir con ellos.

Los Linières vivían ahora en un lejano pueblecillo, ocultos a los ojos de las gentes, con el deseo de pasar inadvertidos del régimen triunfante.

Pedro vivía con ellos, siendo su criado de confianza y encontrando

en aquella casa un bienestar que no había esperado nunca, debido a la gratitud de la madre de Luisa, que premió así su bondad para con la que fué su compañera de miseria.

Enriqueta se casó con de Vaudrey, pero antes quiso pedir el "consentimiento" de su hermanita.

—Te he cumplido mi juramento, hermana, de no casarme mientras no recobraras la vista. ¿Apruebas tú mi elección de esposo?

Luisa, agradecida y dichosa por su propia felicidad y la de los demás, aceptó de mil amores aquel propósito de boda. Vaudrey era el mejor de los caballeros...

Y un nuevo mundo de tranquili-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

dad, de quietud, sonrió a los que habían sufrido tanto... Todos se alejaron de París, ocultándose en provincias para esperar a que pasase la ola de barbarie que invadía el suelo francés...

Y mientras tanto, ajenos a la política y en espera de que vinieran días mejores, de verdadera libertad

y justicia, basada en el eterno respeto a sí mismos y a los demás, vivían dulcemente, sin ambiciones de ningún género, encontrando dentro de sí, en su mismo amor, la senda oculta de la felicidad, la senda oculta por donde, como el clásico, sólo han ido los pocos sabios que en el mundo han sido.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21



Inauguración de la temporada

1930 - 1931

La sensacional producción sonora

La canción de la estepa

por el coloso del canto

LAWRENCE TIBBET

Es un éxito más de

Metro - Goldwyn - Mayer

En preparación:

¡Los mejores asuntos de la temporada!



COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar. El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum. Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne La Castellana del Libano.—La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Aguilas triunfantes.—El Sargento Malacara. El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Ópera.—Ben-Alf.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética. Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapore.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor. Cristina la Holandesita.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Vírgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98 Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguita.—Posesión. Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas y

Santa Isabel de Ceres.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Vea el primer número
de la revista semanal popular

MUDO Y SONORO

de

Ediciones Bistagne

Y SE SUSCRIBIRÁ INMEDIATAMENTE



VEA USTED

La Novela Cinematográfica del Hogar

Digna compañera de **La Novela Semanal Cinematográfica**,
publica los mejores asuntos
del día

Precio popular: **30 cts.**

SALE LOS SÁBADOS

Números publicados:

- Puertas cerradas**, por Virginia Valli
Madre pecadora, por Irene Rich
Estrella simbólica, por George O'Brien y Sue Carol
La losa del pasado, por Donald Keith y Helen Foster
La mujer de Satanás, por Marcela Albani y Jack Trevor
Jimmy, el misterioso, por William Haines y Lella Hyams
Nueva mujer, nueva vida, por Pat O'Malley, Dorothy Sebastian y Harry Murray
Amanecer, por Janet Gaynor y George O'Brien
Tras la cortina, por Lois Moran y Warner Baxter
Los misterios de Londres, por Anita Stewart y Greighton Hale
(La divina pecadora)
En la vieja Arizona, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe
Honrarás a tú madre, por Mary Carr
Nobleza baturra, por Ino Alcubierre
Su Majestad el Amor, por Harry Liedtke Edda Croy, etc.
Amor siniestro, por Renée Adorée, Thomas Meighan, etc.
Eugenia Grandet, por Rodolfo Valentino y Alice Terry
Ana contra el mundo, por Shirley Mason Jack Mower

Los éxitos del cine sonoro

FOLLIES 1929

Broadway Melody LETRA Y MÚSICA

El mundo al revés

Casados en Hollywood

Un plato a la americana

Noches de Broadway

Precio: **50 céntimos**

Las mejores novelas de cine son:

La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Cinematográfica del Hogar

Los Grandes Films de

La Novela Semanal Cinematográfica

y las selectas Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

**Le conviene adquirir rápidamente,
porque se está agotando, la famosa
novela de**

Alfonso Vidal y Planas

La Vida, el Deseo y la Víctima

De venta en todos los quioscos y librerías
de España y América. **5 pesetas** ejemplar

E
B

Precio: Una peseta